REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXX — San José, Costa Rica **1935** Sábado 16 de Febrero — Núm. 7

Año XVI—No. 719

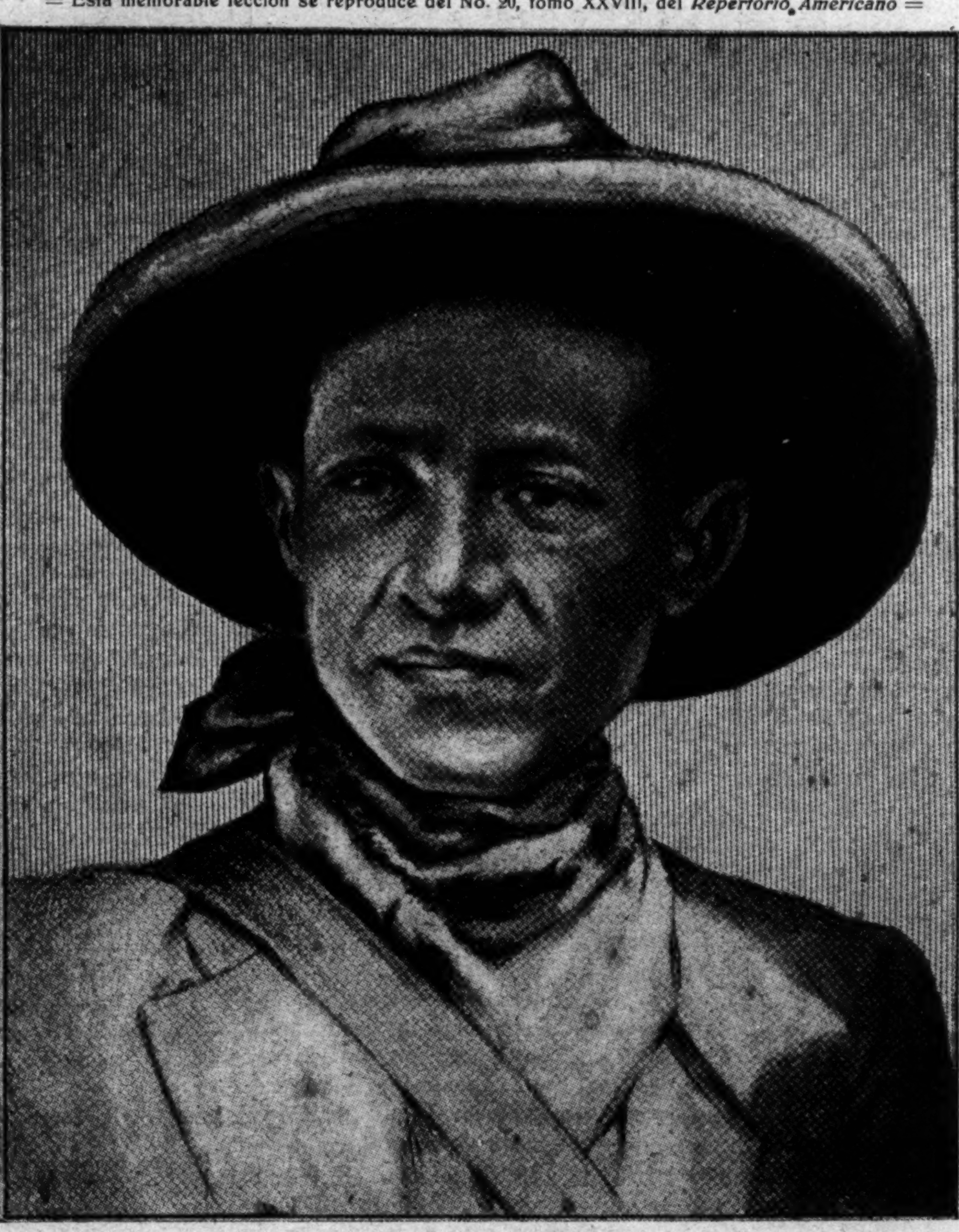
SUMARIO

EN EL ANIVERSARIO PRIMERO DE SU MUERTE

Sandino héroe y víctima

Por JOSE VASCONCELOS

= Esta memorable lección se reproduce del No. 20, tomo XXVIII, del *Repertorio Americano* =



Augusto C. Sandino

Vilmente asesinado por la guardia pretoriana nicaragüense, la noche del 21 de enero de 1934, en Managua, Nicaragua

Fiel a la tradición nefasta de los años de decadencia de nuestras nacionalidades, ha caído Sandino el héroe. Sin duda el mayor héroe de los tiempos que corren. Asesinado fríamente, canallescamente, en el patio de un cuartel, muere el hombre que durante seis años realizó la hazaña increíble de tener a raya un Imperio. Conozco la leyenda negra que se ha tejido en torno a Sandino y aunque la creo en su mayor parte falsa, conviene recordarla, para decir después que, a pesar de ella, Sandino es una de las más grandes figuras de la historia iberoamericana. Para encontrarle hermanos hay que salirse del cuadro de la guerra civil. Y guerra cvil fué la de nuestra emancipación. No cuentan en ella, no deben contar las victorias militares sino las virtudes del soldado. Pues una contienda entre gentes de la misma raza y cultura sólo se justifica si es mejor el régimen social que se ganó con la guerra. En cambio, una guerra de verdad, la que se libra entre naciones de sangre distinta, de cultura diferente, no necesita justificarse con buen gobierno posterior; le basta con existir, si al pelear se ha peleado en la defensa de los derechos vitales. Por eso digo que es necesario remontarse a Liniers que salvó a la Argentina de ser colonia inglesa; es necesario recordar a Mora y Santamaría, los costrricenses vencedores del filibustero Walker en Centro América; es necesario pensar en las más altas epopeyas para encontrarle a Sandino sus pares. Capítulo aparte, deberían tener en nuestra historia aquellos que midieron sus armas con el invasor extranjero. Y un concepto claro de lo que es extranjero debiera también formar parte del a. b. c. del juicio histórico. Por ejemplo el virrey derrotado en Ayacucho no era un extranjero, sino un nacional cuyas funciones se habían hecho anticuadas. Y para el punto de vista nacional, más importante que la batalla de Ayacucho es cualquiera de los combates contra la piratería de Inglaterra, la defensa de Panamá o de Cartagena. Pues si se pierde Ayacucho, hubiéramos seguido en posesión de nuestro territorio, las costumbres no habrían cambiado, ni la lengua; y cualquiera otra solución posterior nos habría dado el grado de libertad que ambicionábamos y que ni siquiera nació de verdad en Ayacucho, porque allí mismo se engendraron las pequeñas tiranías nacionales. En cambio, haber perdido el sitio de Buenos Aires, no haber recobrado Panamá o haber sucumbido en Cartagena hubiera significado para todo el continente hispánico, una situación como la de Texas o la de California. Los mexicanos, los hombres de raza hispánica en esas regiones conquistadas, ya no poseen ni la propiedad de las tierras que fueron suyas, ni la propiedad de sus almas, porque en la pérdida y confusión del propio idioma se han quedado de parias dobles, por la economía y por la cultura. Y toda la América Latina sería otra Texas, si no hubiese triunfado Liniers; si no hubiésemos vencido a Morgan en Panamá y al Lord no se cuantos en Cartagena de Indias, el que se quedó con las medallas hechas, tan segura estaba Inglaterra del

triunfo. Y tuvo que esconderlas el Lord con la amargura de la derrota. Y no existiría el pobre México de hoy desgarrado, pero todavía dueño de su esperanza, si en Veracruz y en Campeche y en Sinaloa y en Sonora no hubiésemos derrotado a los ases de la marina inglesa de la época, si no hubiese tenido, entre nosotros, antecesores, un Sandino.

Se suma pues, la figura de Sandino a lo más grande que exista en el Panteón de la estirpe. Tanto más grande su figura cuanto más incomprendida en estos tiempos viles. Y este juicio no me lo arranca ningún trasporte lírico sino el recuerdo de una sala elegante de cinematógrafo en una ciudad lujosa de esta ciega América nuestra: en la pantalla unos aviones del ejército norteamericano ametrallaban en la selva tropical a una partida de nativos, sandinistas aunque no lo expresaba claramente, el título, y toda la sala, llena de los elegantes, aplaudía a rabiar a los aviadores, bien vestidos, que fingían ser oficiales norteamericanos y hacían como que derrotaban a las huestes desgarradas de los patriotas.

La ira de esta incomprensión vergonzosa me acompaña cada vez que pienso en la epopeya de Sandino. Lo dejamos pelear solo sin querer ni siquiera enterarnos de lo que hacía. Y como buscando excusa a nuestra propia deslealtad, acogimos con beneplácito las calumnias y las difamaciones, que lo asechaban. Como una especie de agente de Moscú, negado al patriotismo, nos lo quiso presentar aquel Beals corresponsal de la prensa imperialista y a la vez agente comunizante. Mis relaciones continuadas con Sócrates Sandino, único representante autorizado del guerrillero heroico, me permitían advertir la malevolencia y la inexactitud del cargo. No andaba empeñado Sandino, ni anduvo nunca, en una campaña confusa, sino que ceñía su actividad a un propósito claro, indiscutible y previo a toda reforma social, la reconquista del territorio patrio invadido. No era una tesis económica mal digerida lo que movía sus arrestos, sino el propósito de hacer pedazos los tratados Bryan-Chamorro, impuestos por el soborno y el fraude. Por último, para disipar toda duda acerca de la falsedad de las imputaciones de Beals, está el hecho de que Sandino al llegar a México se compró un rancho en el Estado de Yucatán. Y dedicado en él a sus labores de propietario, preparó, al mismo tiempo, una segunda expedición, la más eficaz de todas, contra los interventores de Nicaragua. Otras muchas sombras se acumularon en torno a la figura del gran guerrillero. No es momento de pretender disiparlas. El solo las deshizo al reiterar su propósito de desistir de su campaña en el instante en que se embarcara, rumbo a su patria, el último marinero de la Unión destinado en Nicaragua.

Exigía Sandino este retiro en la misma hora bochornosa de la Conferencia Panamericana de La Habana, que no sólo volvió la espalda a Sandino y a Nicaragua, sino que vaciló antes de condenar la doctrina intervencionista. Justo es recordar tambien que en aquel mismo instante, mientras tantos traicionaban, entre nosotros, el público de norteamérica escuchaba la misión encabezada por Sócrates Sandino y la auxiliaba con recursos para que explicase a los norteamericanos la infamia que se cometía en nombre del país de la libertad. Participé yo entonces en algún mitin, pudiendo comprobar, que a semejanza de la antigua Roma, en las metrópolis del nuevo Imperio, se podía hablar contra los abusos del imperialismo, con más libertad que en muchas de las naciones amenazadas por el imperialismo. Los patriotas y los liberales norteamericanos hicieron en muchos casos por Sandino, lo que no hacían los nuestros, prisioneros de su nacionalismo mezquino, que se encierra en la frontera política, obstinado en no darse cuenta de que es interés común a la América española, lo mismo el tratado sobre el canal de Nicaragua, que la ocupación de la Bahía Magdalena en la Baja California o la retención de las Malvinas.

Prevaleció por fin en el gobierno de los Estados Unidos, la opinión de la gente más noble del país y se puso término a la ocupación militar de Nicaragua. A partir de entonces una nueva corriente de simpatía y de confianza, liga los del norte con los del sur, unifica moralmente el continente...

¿Pero habrá de veras comenzado la constricción imperialista? Los tratados Bryan-Chamorro están vigentes; sin embargo, lo más probable es que se queden escritos y que no presenciaremos una intriga más, como la de Panamá. El triunfo de Sandino resultó como su lucha, gigantesco. Pero quedaba, le quedaba al héroe una cuestión dudosa, difícil de resolver. ¿Cumpliría su promesa de deponer las armas al retirarse los norteamericanos, cuando quedaban tras ellos en pie, los equivocados que se asociaron al invasor? ¿No era mejor barrer con ellos, ya que se quedaban solos en el campo de la deshonra? La forma en que esos mismos elementos se han deshecho de Sandino vuelve a abrir la interrogación que, sin duda, preocupara al héroe. No era justo, no fué justo que el gobierno de la nación libertada quedase en manos de los que habían contribuído a sojuzgarla. Pero en esta ocasión también, Sandino opta por el partido de los grandes de corazón. Y jugándose de nuevo la vida, dió lección de desinterés, tras de darla de patriotismo. Se sometió a un gobierno híbrido; pasó por el disgusto de ver a sus huestes licenciadas mientras los constabularios de ayer, cobraban sueldos para cobijar sus desfiles con la bandera de Nicaragua. Todo lo soportó porque la guerra había sido cruenta y no quería provocar más sacrificios, ni tenía ambición personal de mando. Y dió a sus enemigos una oportunidad de que se regeneraran. Le han contestado éstos con la más baja de las traiciones. Y entra Sandino a la gloria, pero vuelve a vestirse de luto la historia de este continente desventurado. Hacer de sus héroes víctimas y de sus sabios hacer proscritos; de los hombres honrados hacer parias y encumbrar en cambio la felonía, ¿cuántas veces en poco más de un siglo de vida hemos hecho lo mismo? Se recuerda a Sucre, asesinado, a Bolívar depuesto por un Páez, a Madero ejecutado: tanto derroche de aristocracias patrióticas, de excelsituades morales, consumado ciegamente, impunemente. Y a menudo sin sanción de la historia, pues no ha faltado quien exonere o pretenda exonerar a los asesinos si éstos logran hacerse del mando al día siguiente del crimen. Lo que más duele es la forma en que esta pobre raza nuestra malogra sus hombres.

En Inglaterra, en los Estados Unidos

(Pasa a la última página)

Romance de Sandino

= De *Unirismo*. Bogotá. =

Por tierras de Nicaragua
ya mataron a Sandino.

Lo mataoron malamente,
lejos de los agrios riscos
donde no ha mucho flamearan
sus banderas de heroísmo.

Por tierras de Nicaragua
galopan los asesinos
hacia una noche de bosques,
perseguidores de olvido
mientras los sigue el recuerdo
como un fantasma sumiso;
y sus caballos de sombra
lucen un tinte rojizo,
igual que sudaran sangre
como en la pasión de Cristo.
Ya las prensas asociadas,
o unidas, que dá lo mismo,
no han de tener que llamarlos
ni a él ni a los suyos, bandidos;
y los Chamorros de América
o los Gómez, dá lo mismo,
podrán forjar más sin trabas
sus panamericanismos.

Todo porque en Nicaragua
ya mataron a Sandino.

Al descanso de sus restos
se suma el de los políticos;
y veinte mil generales
de bigotes retorcidos
y espadas que son de acero
pudiendo bien ser de vidrio,
se sienten más generales
desde que murió Sandino.

Mujeres de nuestra América
la de los dolores indios
y los resquemores negros
y los rencores mestizos;
mujeres de nuestra América,
yo solo una cosa os pido:
mañana cuando estén grandes
decidles a vuestros hijos,
recordándoles al héroe,
que aprendan a ser bandidos.

Gonzalo Carnevali

Palabras recientes de don Miguel de Unamuno

= De *Ahora*. Madrid =

En la fiesta anual de "Ahora" (1).

—Yo tampoco—comenzó diciendo don Miguel—he podido preparar la improvisación. Las improvisaciones son lo más difícil de preparar. No basta querer prepararse. Yo he tenido alumnos que se estaban preparando toda la vida y nunca hacían nada. Es lo mismo que la siega. Una vez había unos segadores; preocupados unos de segar rápidamente la mies, mellaban su hoz en seguida, y no hacían más que derribar; otros afilaban a cada momento la hoz. Al fin, ni unos ni otros ganaban su jornal. Hay que saber afilar la hoz y segar al mismo tiempo.

Digo todo esto, porque ahora nos hemos reunido, yo un poco por accidente, pues estoy en Madrid desempeñando la función terrible de presidir un Tribunal de oposiciones a cátedras, que es algo que hay que ver. Sobre todo, con los cuestionarios enciclopédicos que se hacen ahora. Estoy aquí, pasando unos días, arrancado un poco a aquella relativa soledad de Salamanca. Y digo relativa porque muchas veces cuando estoy solo es cuando más acompañado me encuentro y cuando más presentes tengo a los demás. Desde allí me entero más de las cosas que cuando estoy entre la gente

Vine el año pasado a una fiesta análoga a ésta, en que una porción de compañeros comimos juntos. Comer juntos tiene su sentido. Creo que comiendo juntos se digiere mejor, aunque yo he digerido siempre bien.

Desde que se me invitó a colaborar en "Ahora", me he encariñado con este periódico, porque en él he encontrado una verdadera tribuna. Digo tribuna, porque en Italia, los predicadores predican en largas tribunas, por las que se pasean mientras hablan. Me acuerdo de que en Roma, en el año 89, había un famoso agustino que se paseaba y daba grandes puñetazos en la baranda de la tribuna. Una cosa muy teatral. No es como aquí, donde predican en púlpito, metidos en un cajoncito. Eso es terrible. A mí, púlpito, no; tribuna.

Y no es que yo quiera la tribuna para dar puñetazos en la baranda. Yo no doy grandes puñetazos. Me contento con refrenar naturales tendencias manteniéndome en una modesta decencia, porque las decencias también las hay modestas e inmodestas.

Esto me recuerda una cosa de aquel pobre Roso de Luna, el teósofo, que hablaba del "modesto cometa que he tenido la honra de descubrir".

Yo procuro verter, en cuanto puedo, unas modestas ideas que se me ocurren. Es decir, que no sean dogmáticas, porque el dogma me molesta bastante.

(1) En el 4.º año de la fundación de *Ahora*. En el Hotel Nacional, Madrid, el domingo 23 de diciembre de 1934.



Miguel de Unamuno

Retrato de *Maurice Fromkes*

Aquí he encontrado una tribuna y creo haber podido hacer mella, influir en una parte de mis compatriotas. Y, sobre todo, levantar un poco algo que hay que levantar, que es el tono. No importa el contenido de las cosas. La cuestión es el tono. Hoy se está viviendo en España en un desentono verdaderamente terrible. Se habla sin ton ni son, con sonsonete. Se ha desencadenado una cantidad de malas pasiones y de resentimientos que da pena, y lo mismo da que se defiendan unos u otros principios. Acaso todo sea verdad y se armonice aún con lo más distinto. Todo depende de la forma, que es el verdadero fondo. Yo nunca he podido saber lo que es el fondo. Todo son formas enchufadas unas en otras, como aquel juguete japonés que consiste en una cajita muy bonita, de laca. Se abre y dentro hay otra caja; luego, otra, y otra, y la última está vacía. Y lo triste es llegar a la última. Yo, que ya he pasado de los setenta años—y me está muy bien el decirlo—, voy acercándome un poco a la última caja, a la que está vacía. ¡Bah! Puede ser que en el vacío de esa última caja deje algo... No quiero divagar, aunque divagar es lo mejor. Va pasando el tiempo. Matar el tiempo es una de las mejores ocupaciones que puede haber, sobre todo cuando se crea algo. Crear es el mejor modo de pasar el tiempo. El mismo Dios creó el mundo para matar la eternidad. Estaba aburrido, no tenían nada que decirse sus tres personas... y se le ocurrió crear el mundo. ¿Con qué finalidad? Yo creo que el mundo no tiene finalidad. Eso de que Dios creó el mundo para el hombre... Yo tengo un nieto—que es hoy mi amo, el que manda en mí—que tiene cinco años. Yo también los tengo..., con sesenta y cinco más. A este chico le ha dado ahora por dibujar. Hace unos dibujos fantásticos, se ha enorgullecido y ha llegado a decir que dibuja mejor que su abuelito. Esto me ha molestado un poco porque hay dos cosas de que presumo, y son: dibujar regularmente y leer muy bien. El dice: "Yo dibujo mejor", y hace unas cosas caprichosas. "¿Qué es eso?", le pregunto. Y no lo sabe. Lo mismo pasa con el mundo. "¿Qué es esto?" Dios no lo sabe. Somos los hombres quienes le damos un sentido y una finalidad que no tiene. Pero hay que darle finalidad a las cosas...

Y como por este camino no acabaría y quiero acabar, diré que aquí nos hemos reunido cada uno con nuestras ideas. Y menos mal si tenéis ideas y no son las ideas las que os tienen a vosotros, porque eso es lamentable. Sobre todo, hay algunas que son terribles... Hay quien tiene una idea que se le ha careado, se le forma un flemón... y es tremendo cuando tienen que sacarle la idea.

Aquí estamos haciendo un periódico que, como decía Marfil, tiene un sentido de España y sobre todo, vuelvo a repetir, de mantener un tono, un tono elevado, un tono de una modesta decencia. Y nada más. Perdonad. Uno se va distrayendo ya demasiado, y menos mal que, a pesar del tiempo, todavía conserva uno cierta frescura de imaginación y, a pesar del pesimismo, cierto buen humor. Cuando uno no ha tenido nunca la mala costumbre de fumar, ni la de

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias que se curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"

tomar bicarbonato, ni la de tener fiebre, conserva la cabeza muy despejada y muy sana.

En una ocasión llegó un psiquiatra a verme. Yo sabía que este hombre había dicho que yo era un esquizofrénico. Le pregunté: "¿Usted no ha encontrado nunca entre sus pacientes algún guasón, alguno que se dedicara a tomarle el pelo?" "Hombre, eso no es tan fácil". "Pues le diré a usted una cosa—insistí—. Usted me calificó de esquizofrénico y resulta que yo era un guasón, un hombre que se estaba divirtiendo. Yo no sé cuántos hombres de veras sanos de la cabeza hay en España, pero si hay uno, soy yo, que tengo la cabeza sobre los hombros".

Y ahora, aclararé esto: sólo está despierto el que tiene conciencia de que está soñando, y sólo está cuerdo el que tiene conciencia de su locura, y como yo tengo conciencia de mi locura, estoy mucho más cuerdo que la mayoría de los hombres.

Y ahora debo decir una cosa. En estos días, precisamente estoy como he dicho, presidiendo un tribunal de oposiciones. He presidido ya varios y es una cosa terrible; pero lo que he observado ahora es que el nivel medio de la cultura ha subido extraordinariamente. Unos saben más, otros menos, pero ninguno tiene la manía de llenar el máximo de tiempo. Dicen lo que saben, y cuando no saben, no rellenan los huecos con camelos. Redactan bien y algunos muy bien. ¡Ah! Esto es otra cosa. Como venga una juventud así, podemos esperar algo. Están mejor enterados y no son aquellas oposiciones de mi tiempo, con aquellas luchas y aquellas trincas que eran algo verdaderamente terrible. Yo estoy pasando muy bien. Voy todas las tardes y me encuentro mejor que en las Constituyentes, desde luego, porque hay una enorme diferencia. Estas gentes se conducen bien y leen bien. Yo estoy convencido de que leer bien es una de las cosas más importantes. Precisamente en estos días recordaba yo que cuando fuí discípulo oficial de don Marcelino Menéndez y Pelayo nos leyó en clase el prólogo de la "Historia del levantamiento y guerra de Cataluña en tiempos de Felipe IV", y salimos todos a comprar el libro para releerlo. Hay que saber que don Marcelino era un formidable lector, uno de los mejores lectores que he conocido. El que lee una cosa bien, no necesita que se la comenten. Lo que hay que saber es enseñar a leer, leyendo. Estando yo en el Consejo de Cultura se quiso formar expediente a un pobre señor catedrático, muerto ya, el cual me decía: "Hombre, ¿cómo usted, catedrático de Universidad, va a clase a leer un libro?" ¡Ah! Si el libro es bueno y se lee bien, ya se hace mucho más que la mayoría de los catedráticos. Yo he comprobado que hay gentes que leen una cosa y no se enteran, pero si se les lee en voz alta se enteran. Leen con los ojos y no con los oídos.

En eso he visto que se ha mejorado y he quedado muy satisfecho. Estamos ante una generación formada ya de otro modo, la cual no será una generación que empiece por ahí a mostrar una inmodesta decencia y a aullar desentonadamente. Porque hasta el aullido puede ser entonado. Se puede aullar con tono, y hay quien ni siquiera sabe aullar.

Y nada más. Ya nos volveremos a encontrar en la vida. Aún no sé el tiempo que me queda de vida. Me ofrezco a todos en lo que me puedo ofrecer. Va pasando el tiempo, viene una juventud estudiosa y espero que, al fin, consigamos que este país entre en una vida un poco más gravemente alegre, un poco más serena y un poco más resignada también.

Le habla a los niños de Salamanca, a los de España.

Hoy, el día en que se celebra en el mundo cristiano la Adoración del Niño Dios por los santos Magos — llamados después Reyes—Melchor, Gaspar y Baltasar — fiesta que viene de abuelos a abuelos y de nietos a nietos desde hace siglos—, venimos vuestros mayores—padres, tíos y abuelos—a regalaros juguetes de toda clase—menos pistolas—para que aprendáis a jugar en paz en la vida, a jugar en paz la vida. Y, sobre todo, venimos a que nos perdonéis. A que nos perdonéis muchos pecados contra vosotros y, sobre todo, el de que no siempre os dejemos jugar en paz.

En estos regalos o aguinaldos de Reyes ha puesto su parte aquí, en Salamanca, como en algunas otras ciudades, el señor Presidente de la República de España, haciendo de mago adorador de la niñez, pues cuando visitó esta nuestra ciudad, fué la alegre tropa pacífica de los niños lo que más le conmovió. Y yo, padre y abuelo de salmantinos, he de deciros de su parte—como él por mi boca, os lo dice en nombre de nuestra madre España—que con este agasajo, con esta fiesta, queremos ganar, más que vuestro agradecimiento, vuestro perdón. Perdón, niños de España, para vuestros mayores.

Son muchos los padres que os mandan a la escuela para que no deis—dicen—guerra en casa, para que los dejéis en paz. ¿En paz? La guerra que dais jugando en casa ¡sí que es paz! La guerra condenada, la del demonio, es la que solemos daros nosotros, los mayores. Hay quien se queja de que vosotros, los niños de verdad—no esos chiquillos mal educados que juegan a la guerra civil—, ocupáis y tapáis la calle con vuestros juegos y no nos dejáis taparla con los nuestros. Mejor es que nos echéis de la calle que no el que nosotros os echemos de ella. Y sois vosotros los que tenéis que enseñarnos a jugar. A jugar sin preocuparnos de ganar o perder el juego, sino a jugar bien. Bien y en paz.

Os hemos dado mal ejemplo, muy mal ejemplo, y estamos avergonzados de ello. No sé si también arrepentidos. Nos figuramos que nuestros juegos son más serios que los vuestros porque en los nuestros se matan los jugadores. Hay muchos de nosotros que quieren enseñaros nuestros juegos. ¡Decidles que no! Que si os divierte despanzurrar un muñeco para ver lo que lleva dentro, os da rabia y asco el que se le mate a un hombre, a un hermano; el que un padre mate a otro padre por lo que lleva, o no lleva, dentro. Que si os divierte leer en cuentos—cuentos con bonitas estampas—, os dan rabia y asco los cuentos con que nos insultamos unos a otros vuestros padres y abuelos. Decidles que las escuelas de España deben ser las verdaderas Casas del Pueblo y que no queréis que entren en ellas nuestros malditos juegos de guerra civil.

Y ahora voy a tomar la palabra en vuestro nombre y a decir a mis compañeros, los mayores, a decirles con vosotros: "Dejadnos jugar en paz. No queremos estos juguetes si es que no hemos de jugar con ellos en paz y en alegría. No los queremos si es que han de ser comprados con sangre y lágrimas de nuestros padres y de nuestras madres. Con leche y con sudor, sí; con sangre y lágrimas, ¡no! No queremos que nos echéis de la calle y nos encerréis, como al ganado, en las escuelas si es para tapar vosotros las calles y las plazas con vuestros juegos de rabia y de muerte. No dejaremos de daros eso que llamáis nuestra guerra porque queréis que lo dejemos para darnos y daros vuestra guerra. Si queréis que juguemos, que soseguemos vuestro remordimiento, renunciad a vuestros juegos de muerte. Y a vuestros juguetes de destrucción. Y no nos enseñéis a amenazarnos unos a otros. Enseñadnos a vivir en paz de trabajo en casa y en la plaza pública. Que España sea una casa de familia. Y entonces os perdonaremos".

Y ahora os digo yo, niños de España, y os lo digo en nombre no ya sólo del Presidente de la República de España, de la gran casa nacional de la familia española, sino en nombre de ésta, de España, la casa, que no tendremos nosotros, vuestros padres y abuelos, perdón de Dios mientras no tengamos vuestro perdón, mientras El, el Padre del Niño eterno, no nos perdone. Queremos merecer de vosotros absolución de nuestras muchas culpas. Así sea.

OCTAVIO JIMENEZ A.
Abogado y Notario
OFICINA:
50 varas Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.
Tel. 4184 — Apdo. 338

EN BUENOS AIRES, Rep. Argentina, puede Ud. solicitar el *Repertorio Americano*, a la EDITORIAL PAN AMERICA, (Bolívar, 375).

La tragedia española

Por JORGE ZALAMEA

= De *El Tiempo*.—Bogotá. Octubre 8 del 34 =

Son muchos y muy fuertes aún los entrañables nexos que unen a estas tierras de América con España y es difícil, por razón de ellos, permanecer ausentes de las congojas que ahora mismo sufre la Península y sentir ajenas las amenazas que sobre su vida se ciernen. Sin bases suficientes para presumir todavía cuál haya de ser su futuro, la vemos en estos momentos amenazada en su unidad, quebrantada por la guerra civil, empavorecida y enlutada en lo que tiene de más tierno, levantada e iracunda porque así lo quieren sus hombres y lo demandan sus traicionadas esperanzas Y no puede uno por menos de preguntarse ante semejante estrago, qué fué de aquella revolución ejemplar y qué de aquellos hombres que ya empezaron a rescatar a España de las ligaduras que la hegemonía borbónica y la obligada incultura del pueblo le ciñeran. Esta pregunta nos lleva de la mano a repasar los hechos más salientes de la revolución española.

La huelga revolucionaria de 1917, no obstante su fracaso, fué para la democracia ibérica fermento de tal calidad que no bastaran los "siete años indignos de la dictadura" a sosegar el hervor que promoviera. Obra suya fué la campaña que tan ingeniosamente sostuvo la prensa liberal, a la que fué acicate la mordaza de la previa censura; y obra suya también los trabajos recatados que en la oscuridad y la fuga cumpliera el comité revolucionario. Hasta que amaneció el 12 de abril y llamaron a puertas de la gobernación el 14 quienes sabían representaban la dignidad, la voluntad y el espíritu de España. Vimos entonces el espectáculo admirable de un puñado de hombres que sacaba del hondón de las entrañas españolas aquella capacidad de creación, aquel sentido calderoniano de la justicia popular, aquel orgullo sosegado que nace del exacto conocimiento de sí mismo y de sus naturales limitaciones, aquel sentido de la tierra y la humanidad que se traduce en concordia entre las palabras y los actos—valores todos que fueron médula de la grandeza española y que yacían, hace apenas cuatro años, bajo la mezquindad que por algo y mucho más que un siglo royera a la Península.

De aquel puñado de hombres no tardó en destacarse el alcalaino Manuel Azaña, coterráneo del cardenal Cisneros y, como él, acaso el más español y el más grande de los españoles y grandes de su tiempo. Sin que le temblara el pulso, firmó Azaña con la pluma que hasta entonces sólo galas literarias rubricara, la sentencia de muerte del militarismo español—aquel de los pronunciamientos, aquel que se hacía anunciar en palacio por el solo estrépito de sus espolines y sus sables—; curó con equidad, dignidad y cortesía el resquemor de la gente catalana; puso mano en el latifundismo español y creó las leyes e instituciones que habrían de remediar aquella hambre de tierra que por seis siglos resecara la garganta de los protegidos de San Isidro labrador; creó y dió autoridad a los comités paritarios para que en ellos se dirimiesen en justicia los pleitos entre el capital y el trabajo; dió a España lo que es de España y a Dios lo que es de Dios, y fraguó en sus momentos de reposo la más pura doctrina parlamentaria y democrática que hayamos oído en estos tiempos de fascismo y dictadura

¿Cómo lucharían las fuerzas de la reacción contra este varón cabalísimo que de tal modo daba fe de sus palabras en sus actos y hacía resplandecer en éstos un fervoroso amor por aquella España que a él, el hombre de corazón duro, le arrancaba las lágrimas cuando se detenía a considerar que con sus manos mortales la estaba restableciendo en su dignidad antigua? Era mucho hombre aquel para la contienda franca! Acaso resultase más prudente ensalivarlo antes, como suelen las serpientes con sus presas mayores. Dió comienzo entonces a la más vergonzosa y atroz campaña de difamación que sufriera nunca la política española. ¡No tenían mala memoria los reaccionarios de hogaño, pues que así resucitaban la táctica que diera con la primer república en tierra! Esa campaña no se detuvo siquiera ante el sagrado del hogar, pues cuando hubo sembrado la desconfianza en el pueblo, la división en los partidos que fraguaran el 14 de abril, la pugna en los legisladores que dieran a la nueva España una constitución, entró a saco en la intimidad de los jefes ilustres y la puso de tal modo que hasta ruborizarse debieron los empresarios y usufructuarios de semejante desprestigio.

Y como a la sandez humana nadie, como al mar, le puso límites, cayó Azaña y con Azaña los republicanos auténticos.

Con el ascenso al poder del grupo radical que dirige don Alejandro Lerroux, cambian de táctica los hombres de la reacción. Al furor, sucede la templanza; la calumnia se ve reemplazada por la cortesía; la sonrisa cubre la boca del improperio.

Se comienza entonces a hablar con una reiteración sospechosa de los grandes intereses nacionales que no deben subordinarse a los intereses de partido, de la pacificación de los espíritus—Azaña había aconsejado que se apaciguasen ellos por sí solos,—de la necesidad de curar las llagas abiertas por el asesino (!) de Casas Viejas. Y no tardan los furibundos secuaces de Sanjurjo en ha-



Manuel Azaña
(Dibujo de *Juan Carlos Huergo*)

Azares del gobernante

= De *El Tiempo*.—Bogotá =

Por razón de la misma predilección que Manuel Azaña nos ganara, hemos cavilado un buen trecho sobre las causas que motivaron su caída y que lo tienen punto menos que perdido para la política española. Hace pocos días, en postura de reo—que no menores vueltas da el mundo—se escaparon de su boca estas dolidas palabras: "Nada hay más arduo en la vida que administrar una victoria política". A la zaga de esta confesión, reconsideramos la historia de su gobierno admirándonos una vez más de la varonía y sagacidad con que curara a España de dolencia tan quebrantadora como el militarismo; de la equidad y amor patrio que empleara en apaciguar el enocono catalán y convertirlo en sangre nueva—hoy también desperdiciada—para España; de la empeñosa lucha mantenida por curar a su pueblo de aquella hambre de tierras que le aprieta los ijares desde hace cuatro siglos.

Hasta esta encrucijada de su destino le

(*Pasa a la página siguiente*)

J. ALBERTAZZI AVENDANO
ABOGADO
SAN JOSE, COSTA RICA
OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa
TELEFONOS:
OFICINA No. 3726 — HABITACION No. 3133

cer una desmayada declaración de republicanismo. Quiere por un tiempo el radical poner rostro severo a estas carantoñas y gobernar en sólo republicano; pero en cuanto ve sobre el monárquico de ayer la etiqueta recién puesta, de republicano, le abre un resquicio para dialogar con él. Cobra aquí fuerza aquel alegato de lo nacional, de la pacificación de la república para todos los españoles, y se habla por primera vez de las calamidades a que sometiera a España el primer gobierno revolucionario y de la necesidad de remediarlas con una política por encima de los partidos. A poco trecho, el gobierno radical se despierta intervenido por las derechas, mangoneado por ellas y recelado por los jefes y colaboradores de la primera etapa republicana.

Como suele suceder en estos casos, enderézase a torcidas Lerroux y, en vez de soltar el brazo que tan amigablemente lo zarandeaba, cae sobre los auténticos republicanos, procurando cebar en ellos el resentimiento singular que su extraño caso le producía a sí mismo. Y cuantos más golpes daba hacia aquel lado, tanto más había de apoyarse en las manos traicioneras de la reacción convertida al republicanismo.

Pero, intervenido o no, aun no ha dado el radical la porción congrua de poder que la reacción fingiera desdeñar en un comienzo, pero que ya exige con no menor urgencia que insolencia. Por ver de ganar tiempo, se forma esa sombra de gobierno que fué el gabinete Samper, pero como el republicanismo auténtico—el de Azaña, el de la reforma militar y agraria, el del estatuto catalán, el de la justicia nueva, el escarnecido y desdeñado y olvidado — ha vuelto a ganarse la voluntad del pueblo, el radical, si no ha de huir, no tiene más remedio que llevar al poder por su propia mano a quienes lo ensalzaran para perderlo, a quienes lo defendieron para mejor enterrarlo. Y se forma, hace apenas tres días, el gabinete Lerroux-Gil Robles.

No puede América, nuestra América, desentenderse de los negocios de España. La época, sus preocupaciones, necesidades y ambiciones, roban a lo espiritual tiempo y espacio; la urgencia económica y la forzosidad de cerrar círculo en torno del mercado y no de la biblioteca, pueden hacernos dudar de la importancia que para nuestra vida tengan los sucesos de España. Pero si vamos al fondo de nosotros mismos y prestamos atención a lo que en tal profundidad sucede, acaso alcancemos a escuchar cómo arrolla en nosotros un río de sangre que nos liga a España vital y oscuramente, pese a la escasez de nuestro comercio con ella y el ámbito tan distante en que se desarrollan nuestras vidas. Por prestar atención al rumor de tan calientes aguas, hemos traído hoy a primer plano la actualidad española y quedamos esperando con tanto amor como zozobra la cura del mal que tan dolorosamente la agita.

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome **"Selecta"**

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

Azares del...

(Viene de la página anterior)

seguimos con esa admiración entre desconfiada y envidiosa que el hombre de acción, el hombre de ejecución, suscita en el intelectual. Pero en ese mismo instante, como si su afán creador de estadista sufriese mengua en beneficio del hombre de letras y doctrinas, Manuel Azaña pareció abandonar los negocios del Estado para ir a fraguar aquella inquebrantable doctrina parlamentaria en que pareció hallarse salvación definitiva para instituciones que apenas si se sobrevivían en Europa. De tal doctrina derivó sus mayores triunfos intelectuales y aun políticos, pues tan ajustadamente se ensamblaban sus premisas y tan beneficiosas para la democracia parecían sus consecuencias que bastaba exponer aquéllas y anunciar éstas para que el mismo lenguaje cobrara mayor lógica, autoridad y nobleza.

Y, sin embargo, en este punto preciso de su madurez metódica, descubrimos hoy el comienzo de su flaqueza. ¡Ay, y cómo quebranta la mínima y dura vida las galanías de la inteligencia y cómo sobre ellas prevalecen los hechos! Mientras Manuel Azaña lustraba el idioma materno en la exposición y defensa de su clara doctrina, el comercio exterior de España se rendía en las maliciosas redes tendidas ante cada frontera europea; la producción agrícola, atenta a las estaciones pero no a los discursos se desordenaba y consumía entre las propias manos que procuraban para el agro español una historia más limpia y una posesión menos injusta; la industria casi desaparecía, asfixiada por la competencia exterior, o iba a reclinarse en el presupuesto nacional, asediándolo a su vez y exagerando sus estrecheces; la administración del Estado fallaba en sus resortes más esenciales, pues los hombres de la nueva política llegaron a desdeñar la función administrativa y fuéronse a corear al hombre de la clara doctrina.

Una suerte de embriaguez ideológica se había apoderado de los jefes españoles, y a cada necesidad nacional inaplazable se respondía con raciones doctrinales perfectas, con discursos que será difícil superar, con mensajes que son gala de la literatura política. El hombre de España sentíase, ciertamente, restituído a un nivel intelectual que perdiera dos siglos antes; palabras nuevas le llenaban los oídos de promesas y le henchían el corazón de esperanzas; pero su desasosegada vida no hallaba en ello remedio para sus quebrantos inmediatos. De ahí a sentirse desgobernado, desamparado, no había mucha andadura. Y cayó en la celada de las elecciones de noviembre, perdiendo en ellas doctrina sin ganar cura.

Ardua cosa, en verdad, la administración de una victoria política. Ardua, sobre todo, porque nunca como en el triunfo es más preciso hacer sacrificio ante los hechos de aquello que acaso en la doctrina nos era más querido y entrañable.

De la mano nos llevan estos recuerdos y reflexiones a repetir las palabras sagacísimas de André Chamson: "Nada es más importante para el hombre que acertar a saber qué es lo que debe rechazar de su herencia".

Jorge Zalamea

EN Nueva York, con The Franklin Square Agency (49 East, Thirty-Third Street) consigue Ud. una suscrición al *Repertorio Americano.*

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Montley, New York)

JOHN M. KEITH, Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A., Socio Gerente.

Pequeño mapa audible de Chile

Por GABRIELA MISTRAL

= De *El Sol*.—Madrid =

Se nos ocurre que la "radio" podría dar, ella y no otra, un ensayo de "mapa audible" de un país. Ya se han hecho los mapas visuales, y también los palpables, o sea los de relieve; faltaría el mapa de las resonancias, que volviese una tierra "escuchable".

La cosa vendrá, y no muy tarde: se recogerá el entreveramiento de los estruendos y los ruidos de una región; sin tocar las facciones del suelo, colinas ni ciudades, posando angélicamente los palpos de la "radio" sobre la atmósfera brasileña o china, se nos entregará, verídico como una máscara, impalpable y efectivo, el doble sonoro, el cuerpo sinfónico de una raza que trabaja, padece y batalla.

El país, para este como para otros menesteres, resulta arduo de recorrer y de atrapar. La caja de sonidos es larguísima. Hay que escuchar como el venado: con oreja no sólo abierta, sino tendida en tubo captador.

A estas horas comienza allá nuestro día de vivir. Es casi la mañana. En la región Norte (pampa salitrera — costra cuprífera y de platas y oros—) resuenan barretas, picos y palas, en un infierno rítmico; se descascara a golpe brutal y numérico, o se dinamita, el llamado desierto de la Sal. En las pausas de silencio se oyen máquinas moledoras de la pasta salvaje llamada "caliche": piedra y sal, ganga y polvo.

El desierto de la Sal amasó y remató al hombre chileno, bien plantado, bien fundado, logro cabal de la carne americana. El ha salido de su pelea con la costa calichera y de su vida de pecho a pecho con el mar. Cuentistas y poetas, cuando quieren decir al hombre nuestro, no lo hacen sino marino o minero, y dicen así sus dos forjas naturales.

Más abajo sobre Atacama y Coquimbo, donde comienza la vegetación, el barreteo y la picadura es la misma, neta y testaruda; pero se muelen materias más nobles: el cobre, sangre de nuestra geología; la plata, que después de haber sido abundante, ya ralea y hurta el bulto. El oro no sale de minas: en la montaña un poco mágica de Andacollo, el oro va por arroyos y regatos, en pepitas de mostaza o de arroz. Estas aguas milagrosas, que nacen al pie de un templo indígena, mantenían antes a grupos de naturales que no querían violentarlas por no extinguirlas; hoy dan de comer a siete mil hombres en jornada diaria.

Trenzado con el estruendo de los picos, oye la oreja delgada el jadeo del hombre. No se le ve, ni hace falta; tiene el pecho ancho, labrado por el gran resuello; cara de matador de piedras, y cuando se endereza de calar y descuajar, una criatura camina con la marcha de lo que es: va como el dueño de todo suelo, y parece que clavara con el talón señor cada uno de sus pasos.

Saltar ahora, echando la oreja en flecha tirada al Sur. Hay primero un alborozo de puerto, del puerto mayoral del Pacífico, que mentamos con donoso nombre español: Valparaíso. Valle del Paraíso. Si hemos navegado desde San Francisco, nos dolimos en las costas tropicales de la falta de un puerto patrón y patrono de aguas; pero al llegar a estas alturas, echaremos un ¡aleluya! Valparaíso vale para segundón de San Francisco; Valparaíso cumple por la costa suramericana entera.

Los barcos entran y salen de la bahía, arriesgada a los vientos y que la terquedad de los chilenos forzó, obligándola a volverse desembarcadero. Hierve en malecones y agua un pueblo vivo, que parece marsellés o catalán; va y viene un cardumen de tráfico marítimo que grita en inglés y en español las picantes interjecciones marineras. Valparaíso hace lo suyo. Lo suyo son veinte mil barcos anuales recibidos y lanzados. Lo que lanza son las industrias novedosas y garridas de la zona, que él distribuye a lo largo del trópico; lo que recibe son los azúcares, los arroces tropicales y la maquinaria yanqui e inglesa, que en poco más también se hará por nosotros mismos territorio adentro.

Un mar violento y voluntarioso, el mar nombrado con su adjetivo opuesto de Pacífico, excita y espolea con yodos y sales a los grupos de descargadores, de grumetes y gente de pesca. Es un agua digna de griegos, brava y humana; ni el caldo hirviendo del Ecuador, ni la plancha mortecina del Círculo Austral. ¡Bahía mayor de Valparaíso! Anda en novelas y poemas ingleses y noruegos. Quien navegó la conoce y la cuenta siempre al contar sus mares.

La oreja se suelta ahora de la costa, porque el oído, como el ojo, cambia con gusto de pasto y más le place seguir que quedarse.

Estamos en el interior, sobre región de nombre preciso: en el Llano Central, gloria botánica de Chile. El valle del Ródano es más corto; el del Po, lo mismo; el del Nilo se le parece en la longura y la generosidad de los limos.

Corre un aire suave y dulce, sobresaltado de poco viento, y los olores del agro se duermen en la caja profunda del llano. Las resonancias han mudado desde el desierto hasta aquí: los sonidos se humanizan y se ablandan sobre el suelo de pulpa y el aire de poca ráfaga. El mar y la montaña, grandes agitados, se hallan distantes. Es el clima por excelencia de Ceres, seguro, estable; clima de matriz de tierra o de mujer. En otras partes del mundo, vivir será la riña rabiosa y enlodada contra el peñasco o la marisma; allí vivir se llama complacencia y seguro, destino natural del hombre hijo de Dios.

Las viñas y los huertos frutales se reparten aquel suave corredor terrestre: una luenga faja verde, sin llaga de aridez, deleite de castas agrarias. Hay riegos suficientes, que dan nuestras aguas de ingeniería en canales lentos y eficaces. Los rectángulos pulcros de granjas, las provincias agrónomas, corresponden a melocotones, manzanos y viña, y más abajo, a los anchos paños de trigos; provincias de color y de aroma, departamentos frutales, distritos graneros. La gente latina no logró sobre hogar mediterráneo viñedo ni pomareda mejores que los del valle central de Chile.

Todavía atraviesan aquí y allá antiguos arados romanoespañoles, con su crujido de queja de hombre; pero lo más frecuente va siendo la maquinaria agrícola luciente y rápida, que pasa con un chischás de banda de langosta o con pequeño estruendo de aceros musicales, echando ascuas a lado y lado del campo.

Este aire rural tiene más canciones que los otros que dijimos. Las mujeres deshierban, podan y vendimian entre canto y comento. En el vocerío de la trilla clásica de Aconcagua o Chillán, y en la algarada de la vendimia de Coquimbo, cabrillean gritos y hablas de mujeres y niños. La oreja se da cuenta de que aquí sí las voces del "homo" y la "fémina" son diversas como dos continentes y dos órdenes. El hombre grita a lo hondero, con pedrusco lanzado; la mujer silba o modosea a lo codorniz y a lo tórtola, ya sea que cante o que sólo diga; es el habla suramericana la más dulce de este mundo, el más tierno acento hablado por hijo de hombre.

Ahora ya rematamos el viaje. La Patagonia estará muy lejos; pero la retenemos contra Geografía y destino y debemos decirla.

En esta inmensa meseta austral se oye, cuando algo se oye, una marea salvaje que pecha entre los canales y forcejea en el gran estrecho. Hacia el interior, apenas poblado, hay unos silencios de hierbas inmensas, de gruesos y dormidos herbazales, que se parecen al estupor que dan los témpanos en el último mar. De cuando en cuando, gritos alzados y caídos de pastores que arrean con dos o tres notas quebradas y subidas.

Y en las estaciones malas es el viento patagón, bastante peor que el simún y la tramontana, el que hace su fiesta desesperada sobre la llanura sin atajo, en una carrera de búfalos rompedores de unas praderas entregadas y contritas. Pero vuelve el silencio de las praderas buenas, donde pace la tierra verde, su madre y su costumbre. La oveja se duerme en esta anchura blanca o verde, y el que goza este encantamiento por unos años se enviciará en silencio, como el ojo se enviciará en extensiones.

Yo me gocé y me padecí las praderas patagónicas en el sosiego mortal de la nieve y en la tragedia inútil de los vientos, y las tengo por una patria doble y contradictoria de dulzura y de desolación.

Juárez en la luz

Por ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

= Envío del autor.—México, D. F. 1934 =

No es cosa fácil penetrar en la psicología, recomponer y coordinar años y actitudes de ciertos personajes. Las complejidades de carácter, aunque la trayectoria vital marque una sola línea recta; la turbulencia de los hechos que les sirvieron de marco o en que actuaron, y las discusiones apasionadas que su figura haya provocado, implican en el escritor que se les acerca en plan de biógrafo una cautela más ceñida de la que es común emplear.

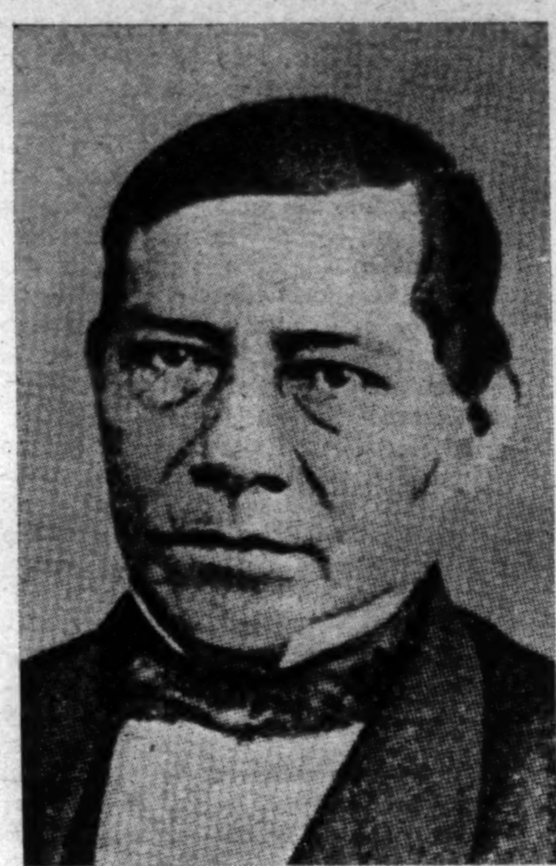
Ninguna de estas dificultades detuvo a la juvenil y madura voluntad de Héctor Pérez Martínez, para adueñarse de la vida de Benito Juárez y trazar una biografía que hace lucido papel en la magnífica colección que la incorporó a sus títulos (1). El autor realizó una tarea bien ardua. En primer lugar, el esfuerzo que era necesario para obtener de nuestros libros de historia, de la correspondencia de Juárez y de obras diversas, una sucesión ordenada, cronológica, de los hechos de aquella existencia, hasta conseguir que la historia política del siglo XIX mexicano girase en torno suyo. (Es así, gracias a este rescate que trae a Juárez al primer plano, como Pérez Martínez infunde estremecimientos de vida a su perfil). En seguida, ya con los materiales amontonados, que esperan bien dispuestos la mano creadora, ir acercando a éstos la luz de la comprensión, determinar qué resorte íntimo indujo a cierta actitud, qué circunstancia externa originó una reacción, qué vaivén de pensamientos dominó por instantes. Amorosa faena de laboratorio, que coloca a Pérez Martínez en caminos de alta experiencia literaria.

Desde la escena inicial en que "la mañanita brinca sobre la sierra y rueda al plan y se tiñen los caminos de un azul gaseoso", en tanto que un breve grupo de indígenas se dirige a Ixtlán para inscribir en la gracia del bautismo al minúsculo ídolo negro, hasta el día en que el Presidente de la República deposita su alma en la noche más profunda, las páginas de "Juárez el Impasible" son la sinfonía progresiva de un destino que entre ascenso y caída, entre tiniebla y claridad, cumple sus etapas.

El primer signo de ese destino se nos muestra evidente cuando, durante una de las reuniones pueblerinas en que los liberales de la localidad se preguntan entre sí por el hombre que restablezca en Oaxaca el orden para ellos normal, el animador de la reunión, enarbolando el haz anaranjado del quinqué, se dirige al último rincón de la estancia, donde Juárez se agazapa con el oído vigilante y el rostro impenetrable, y dice:

—Este que ven ustedes, reservado y grave, que parece inferior a nosotros, éste será un gran político, se levantará más alto que nosotros, llegará a ser uno de nuestros grandes hombres...

Y la voz profética acertó. Porque de allí a poco el biografiado ya anda moviéndose en polos a menudo opuestos a su deseo, pero ineludibles: un día de halago, otro de amargura. Hoy le vemos bien hallado en la calma burguesa del hogar; mañana, proscrito en Nueva Orleans, torciendo cigarrillos en compañía de negros esclavos. ¿Pero ello qué importa? La vida es una vorágine de dardos diminutos, los días. Por uno que acierta en el blanco, ¡cuántos quedan fallidos, vibrando temblorosos en el punto no desado de la aproximación!



Benito Juárez
(Hacia 1862)

Así es como Juárez se halla un buen día investido con la máxima jerarquía del poder nacional. Esta no es ninguna posición envidiable. Antes y después de la exaltación, las facciones asuelan el país y hacen imposible la paz. Cada hora de la vida de México y cada palmo de su territorio son teatro de incontenibles ambiciones políticas. Véase este edificante fragmento del resumen institucional que ofrece Pérez Martínez, arrancando de 1821 y 1857, año en que Juárez empieza a dominar: "...El vicepresidente de la República, general Anastasio Bustamante, se subleva en Jalapa contra Guerrero y sube al Ejecutivo José María González Bocanegra. No tiene tiempo de asumir el Poder. Una revuelta en la Capital de la República pone en su vez a Pedro Vélez. Bustamante entra a México y desaloja a Vélez..." En orden semejante viven las instituciones del país hasta 1857.

La presencia de Juárez en el puesto culminante no calma, ni mucho menos, la intranquilidad y el bullicio. Pero insensiblemente la Constitución, norma que debe regir la vida bien orientada de los pueblos, va circundando sus estatutos con auras de respeto.

Resiste Juárez el rabioso descontento de los conservadores, traducido en guerra civil. Sus generales van allanando el camino como pueden, y saben disimular sus ansias de dominio, contagiados tal vez por la sumisión casi fanática del Presidente a la Ley. Sobre este punto, el doctor Puig Casauranc, en el prólogo, emite una opinión muy perspicaz:

"...Juárez tuvo la habilidad, en esos difíciles años de trato con generales en que la suerte del país y la propia dependían exclusivamente de ellos, de dar la impresión de que ellos—los militares—eran los que todo lo hacían. Se necesitaba opacarse, hacerse perdonar de los héroes brillantes de los combates, la superioridad jerárquica que daba el grado de Presidente de la República. Era la lucha del civil, del licenciado, del indio, contra la pléyade de héroes. Había entre éstos, naturalmente, espíritus ponderados en quienes el brillo de la gloria no disminuía su respeto a la ley y a lo que quedaba de instituciones en México; pero eran más numerosos, indiscutiblemente, los casos de militares que, como González Ortega, no podían resignarse a admitir que, siendo ellos los que ganaban las batallas y los que derramaban su sangre, un pobre indio civil, huyendo día y noche por caminos y andurriales para salvar a la legalidad y a las instituciones republicanas, pudiera atreverse a entrar, en actitud de jefe supremo, a un campo estrictamente militar..."

Las angustiosas condiciones a que el país queda sometido durante el Imperio del príncipe austriaco, logran concertar un tácito armisticio entre los bandos enemigos. Pero el odio de los conservadores, que aunque inactivo por un tiempo permanece latente, se acrecienta con el paso que Juárez, obligado por las circunstancias, atreve: la prórroga de su mandato constitucional.

Apenas liquidada la desastroza aventura de la realeza europea en México, toda la vida política del país toma el curso normal: resistencia del que disfruta el poder para alejarse a tiempo, dialéctica sangrienta de los contrarios para persuadir sobre la voluntad del pueblo, anarquía. El 18 de julio de 1872, pisa Juárez el último escalón de la actividad humana.

Pérez Martínez, desde el punto de vista literario, ofrece rotunda prueba de sus capacidades para rehacer una vida. (Si el libro tuviese algún error histórico, pronto veremos a la puerta a los fieles guardianes de esa rama). Su convicción revolucionaria le permite enfocar a Juárez con la lente de la simpatía y el respeto. Y sin embargo, esa predisposición espontánea no lo encadena a una interpretación forzosamente apologética. Hasta existen pasajes que, a simple vista, parecen compuestos con propósito de caricatura. Pero esto es, cuando mucho, mera habilidad psicoló-

(Pasa a la página 109)

(1) Héctor Pérez Martínez: *Juárez el Impasible*. Carta-prólogo del Dr. José Ml. Puig Casauranc. Primera edición. Madrid. Espasa-Calpe, S. A. 1934. (Tomo 40 de *Vidas Españolas e Hispano-americanas del siglo* XIX. 276 Págs. Con ilustraciones.

La autopsia de la Doctrina Monroe

Por ESTEBAN JARAMILLO

= De *El Espectador*.—Bogotá. Enero 2 de 1935 =

Este es el título de un libro, publicado durante el año que expira, por la casa editorial Macmillan, y de que es autor Gaston Nerval.

En una época como la actual, de desesperante mediocridad literaria, de novelones sin arte ni decencia, de biografías fantásticas hechas a destajo, y de malas traducciones de Larrousse, presentadas como producciones originales y "diluidas en agua de Colonia", es un fenómeno encontrar libros como éste, a un mismo tiempo vigorosos y amenos, ágiles y robustos, llenos de tinosas observaciones, y presentados en un estilo que les da a las ideas extraordinario realce, haciéndolos entretenidos e instructivos para toda clase de lectores.

La obra de Nerval es un gran libro. Es la más experta, fría e inclemente disección anatómica de la famosa Doctrina Monroe, que el autor considera como un cadáver insepulto en el mundo internacional y diplomático. Es el enjuiciamiento de esa Doctrina, no sólo en cuanto a los abusos y malas interpretaciones a que se ha prestado durante más de un siglo, sino en cuanto al origen mismo de ella y a las causas de orden internacional que la motivaron. Como es sabido, aquella Doctrina fué formulada oficialmente por el presidente de los Estados Unidos James Monroe, el 2 de diciembre de 1823, en su mensaje anual al congreso de su país. Ella obedeció al temor, muy difundido entonces, de que la Santa Alianza prestara mano fuerte a España para la reconquista de las colonias americanas que habían proclamado y realizado su independencia de la Madre Patria. El sentido de esa Doctrina aparece claramente en los siguientes apartes del mensaje:

"Se ha juzgado propicia la ocasión para afirmar, como un principio en que van envueltos "los derechos e intereses de los Estados Unidos", que los continentes americanos, por la condición libre e independiente que han asumido y mantienen, no pueden en lo futuro ser considerados como sujetos a ulteriores colonizaciones por ninguna potencia europea".

"El sistema político de las potencias aliadas es esencialmente distinto del de América... Debemos, por tanto, a la lealtad y a la amistad que existen entre los Estados Unidos y aquellas potencias, declarar que consideraremos como "peligroso para nuestra paz y nuestra seguridad", cualquier intento de parte de aquéllas de extender su sistema a cualquiera porción de este hemisferio... Es imposible que las potencias aliadas, puedan extender su sistema político a cualquier porción de este continente sin poner "en peligro nuestra paz y nuestra felicidad"... Es igualmente imposible, por lo tanto, que podamos contemplar aquella interposición con indiferencia".



James Monroe

Lo transcrito basta para darse una idea clara del alcance de aquella declaración.

Según el autor, la famosa Doctrina no fué obra original del presidente Monroe ni de su secretario Adams. Con documentos concluyentes demuestra que ya otros estadistas y pensadores americanos la habían formulado en términos muy semejantes, y que ella no fué en realidad sino una ampliación de la política internacional trazada en el testamento político de Washington, en que aconsejaba a sus compatriotas el completo aislamiento de "las ambiciones, rivalidades, intereses, antojos y caprichos de los europeos".



Jorge Canning

Dibujo de Deluchi

El autor no comparte la creencia, muy común en la América latina, de que fué el señor Manuel Torres, encargado de negocios de Colombia en los Estados Unidos, quien sugirió al presidente Monroe su histórica Doctrina, cuando en nota dirigida al secretario Adams le habló de la urgente necesidad de "establecer una Alianza Americana capaz de contrarrestar los proyectos de las potencias europeas, y de proteger nuestras instituciones republicanas" Hay una ironía profunda en los argumentos con que Nerval desbarata aquella creencia. El señor Torres hablaba de una "Alianza Americana", es decir de un convenio multilateral, con derechos y obligaciones claros y definidos para las potencias aliadas. Formulaba, en síntesis, el mismo pensamiento que inspiró a Bolívar al convocar el histórico congreso de Panamá: "un tratado de unión, asociación y perpetua confederación". Por otra parte, el presidente Monroe no hizo sino formular de manera oficial ciertos principios que habían formado parte desde hacía tiempo de la política internacional de los Estados Unidos, cuales eran la oposición a todo intento de colonización europea en América y a toda intervención de los europeos en asuntos de este continente, que pudiera afectar la seguridad y los intereses de los Estados Unidos. Era la contraposición manifiesta de dos razas, de dos mentalidades, de dos filosofías. El uno, el latino, romántico un tanto visionario, con un idealismo tocado de cierta ingenuidad, hablaba, como de la cosa más natural, de pactos de alianza con derechos y deberes recíprocos; el otro, el anglo-sajón, fuerte, frío, calculador, positivista y realista, no pensó nunca en tales alianzas, que limitan la libertad de acción, y formuló ante el mundo una doctrina propia, unilateral, aplicable e interpretable según las conveniencias exclusivas de su país, y encaminada a proteger únicamente la seguridad, la paz, la felicidad y los intereses de la gran república del Norte. El señor Torres expresaba el pensamiento de los grandes estadistas latinoamericanos: Bolívar, Miranda, San Martín, Sucre, Rivadavia y muchos otros. El presidente Monroe daba forma oficial a los principios que antes de él habían proclamado Washington, Adams, Madison y Jefferson. Para el estadista anglo-sajón, la protección de la independencia de los países latinoamericanos sólo entraba en juego, según los términos de la Doctrina, cuando aquella protección fuera necesaria para asegurar "los derechos e intereses de los Estados Unidos", "nuestra defensa", "nuestra felicidad", "nuestra paz y seguridad", "nuestro sistema político", es decir la defensa, felicidad,

paz, seguridad y sistema político de los Estados Unidos. El estadista colombiano pensaba, por el contrario, que aun sin estar de por medio aquellos intereses propios de los Estados Unidos, la alianza por él soñada debía proteger y asegurar contra la colonización extranjera la vida y soberanía de las jóvenes democracias. Eran dos mentalidades que muy pronto tenían que verse en conflicto una con otra, y que más tarde se mostraron en abierta pugna en el congreso de Panamá.

Los estadistas latinoamericanos levantaban, como dice Nerval, castillos en el aire cuando pensaban que la doctrina Monroe era una política altruísta y desinteresada. Así, cuando, unos en pos de otros, los gabinetes de estos países, poco después de la declaración de Monroe, trataron de darle vida jurídica, por medio de pactos bilaterales, preguntando al gobierno de los Estados Unidos, como lo hizo el señor José María Salazar a nombre de Colombia, "si los Estados Unidos entrarían en una alianza con ellos para salvar a América de las calamidades de un régimen despótico", el desengaño fué absoluto. Ni Colombia, ni el Brasil, ni la Argentina, ni Méjico, pudieron obtener respuesta distinta de la que dió a la cancillería de este último país el secretrio de Estado Henry Clay: "Los Estados Unidos no han contraído ningún compromiso ni dado ninguna prenda a los gobiernos de Méjico y Suramérica, ni a ninguno de ellos, en el sentido de que los Estados Unidos no permitirán la intromisión de ninguna potencia extranjera en la independencia o forma de gobierno de aquellas naciones, ni han dado instrucción alguna que autorice tal compromiso o garantía". ¿Puede darse algo más claro y definitivo para formarse una idea exacta del profundo sentido de la flamante Doctrina? ¿Puede derribarse en forma más ruda el castillo que levantaron nuestros libertadores al considerar a Monroe como el hombre providencial, como el apóstol de una idea generosa, venido a la tierra para consolidar la magna obra de independencia y libertad de un continente?

Los Estados Unidos no querían contraer ningún compromiso que los imposibilitara para interpretar y aplicar según sus conveniencias aquella Doctrina unilateral, concebida en términos tan amplios que podía prestarse para todo. El autor trae una nutrida documentación para demostrar que, con apoyo en la Doctrina Monroe, los Estados Unidos han implantado en el continente la política de expansión territorial de Jackson y Polk; la política de hegemonía de Grant, Cleveland y Mc-Kinley; la política del "garrote" de Teodoro Roosevelt; la política del dólar de Taft; el paternalismo de Wilson; la intervención armada en Texas; el fomento descarado de la separación de Panamá; la política del "hermano mayor" y la política "del buen vecino". Apoyado en esa Doctrina, dijo Roosevelt al mundo, sin levantar escándalo ni protestas en la opinión pública de su país; "yo tomé a Panamá", y con el mismo fundamento los Estados Unidos extendieron su control y soberanía a territorios de los países hispanos con el pretexto de evitar que lo hicieran las potencias europeas.

Es de un interés vivísimo el estudio que hace Nerval sobre el peligro que para la independencia de los países latinoamericanos envolvía lo que él llama "el fantasma de la Santa Alianza", formada por Austria, Prusia y Rusia. Sin desconocer las perversas intenciones y torcidos propósitos que contra esa independencia abrigaba aquella monstruosa asociación de déspotas—calcada sobre el pensamiento de Meternich, déspota de nacimiento—para conculcar todos los fueros de la conciencia y de la libertad humanas, el autor deja aquel peligro reducido a proporciones casi insignifcantes. ¿De qué manera?? Demostrando, con una apretada y numerosa documentación, que la Gran Bretaña, entonces la primera potencia naval del mundo, se oponía abierta y decididamente a todo conato de expansión europea en el continente americano, y al frente de esa campaña estaba George Canning, ministro de relaciones exteriores de Inglaterra, y uno de los más gobiernan las relaciones de pueblos y grandes estadistas del siglo pasado.

El autor hace una interesante, minuciosa y documentada relación de los tenaces e inteligentes esfuerzos de Canning en 1823, poco antes de la Declaración de Monroe, para convencer al gobierno de los Estados Unidos de la conveniencia y necesidad que había de que se unieran las dos grandes potencias, en una declaración conjunta y solemne, para hacerle saber al mundo que la reconquista de las colonias españolas del continente americano o de una parte de ellas, era empresa ilusoria y que si las potencias europeas acariciaban proyectos de sujeción de aquellos países a la corona española, o premeditaban la adquisición de cualquier parte de ellas por cesión o por conquista, Inglaterra y los Estados Unidos no podían mirar tales proyectos con indiferencia. Canning, con justa razón, consideraba aquella declaración conjunta y solemne, hecha ante el mundo por las dos naciones más poderosas de la tierra, "como el medio más eficaz y a la vez menos ofensivo", para dar en tierra, una vez por todas, con los descabellados propósitos de la Santa Alianza, pues para los países que la componían era de todo punto imposible aventurarse en una guerra en que habían de tener por adversarios a Inglaterra y Estados Unidos

Los esfuerzos de Canning fracasaron completamente por la renuncia sistemática de los estadistas norteamericanos. Ellos no querían ligarse con ningún género de compromiso en asunto de tanta monta. En concepto de Adams, lo que Canning buscaba era una garantía por parte de los Estados Unidos de que este país no llevaría a cabo en su propio beneficio ninguna adquisición territorial en la América española, y esa garantía, en concepto de Adams, era a todas luces inconveniente. Entonces Canning, abandonando de un momento a otro su empeño con el gobierno de los Estados Unidos, se volvió del lado de Francia, y en el célebre memorándum Canning-Polignac, obtuvo de éste la declaración solemne y terminante de que "en concepto del gobierno francés era empresa ilusoria volver la América española a su antigua dependencia de la Madre Patria, que dicho gobierno renunciaba a toda pretensión de adquirir en la América española posesiones de cualquier clase, y "que no patrocinaría ninguno de los propósitos de la Santa Alianza en relación con tales posesiones".

Con este acuerdo, según Nerval, quedó desvanecido el fantasma forjado por los monroístas sobre el peligro de la Santa Alianza para la independencia de las colonias españolas. "Sin la Gran Bretaña—dice—, la amenaza de la Santa Alianza era sólo un mito; pero suponiendo por un momento que así no fuera, Francia, que había invadido a España para la restauración de la monrquía legítima, era la única potencia europea que podía ejercer presión sobre la San-

GRANJA SAN ISIDRO

MAX JIMÉNEZ

CORONADO - COSTA RICA

Hato inmune a la fiebre de Garrapatas.

Modelo de vaca de la Granja San Isidro. Puede Ud. poner un torete en su finca de raza tan pura como la de la *Carnation Milk Farms* sin el riesgo de que se le muera de las fiebres tropicales.

TORETES A $ 100.00 (U. S. A.)



PROSPECTOR AVON ROSA

ta Alianza para que interviniera en la independencia de la América, pues ni Austria, ni Prusia, ni Rusia, tenían los medios ni el deseo de llevar a cabo esa intervención. Canning comprendió que un acuerdo con Francia implicaba la derrota final de cualesquiera planes que la Santa Alianza pudiera tener respecto de la independencia de América. Inglaterra sola podía impedir que tales planes se pusiesen en ejecución. Con Francia de su lado, la Gran Bretaña podía literalmente reírse de la Santa Alianza".

La admirable labor realizada por Canning ha hecho creer a muchos que fué el célebre estadista inglés el verdadero padre de la Doctrina Monroe. Nerval contradice abiertamente esa tesis. La esencia de esa Doctrina, como se deja dicho, formaba parte desde hacía tiempo de la política internacional de los Estados Unidos. Además, el pensamiento de Canning era distinto del contenido en la declaración del presidente Monroe: el primero contemplaba un acuerdo entre las dos grandes potencias; el segundo una manifestación de carácter unilateral. Pero lo que sí parece evidente es que las activas gestiones del ministro inglés para cerrarle el paso a la Santa Alianza, obraron de manera decisiva en el ánimo de Monroe y de su secretario de Estado para apresurarse a lanzar al mundo la histórica Declaración. Sin ella, Inglaterra, que por su solo esfuerzo garantizaba contra las maquinaciones de la Santa Alianza la independencia de las nuevas Repúblicas, iba a ejercer sobre ellas en lo futuro una influencia decisiva y perjudicial para los intereses de los Estados Unidos. Así lo declaró Adams en forma terminante: "Si la Santa Alianza interviene y la Gran Bretaña triunfa sola contra ella, las colonias españolas caerán completamente en brazos de Inglaterra. Los Estados Unidos deben obrar, en consecuencia, de manera rápida y decisiva"...

Pero sea lo que fuere de los orígenes próximos o remotos de la asendereada Doctrina, es lo cierto que leyendo y meditando esta historia, queda en el ánimo una impresión amarga de pesimismo sobre los móviles que rigen y países en el concepto de los grandes estadistas del mundo. Nuestra independencia, conquistada por los esfuerzos, los sacrificios y la sangre de nuestros antepasados, estuvo seriamente amenazada por las actividades de un poder maléfico y tenebroso, organizado para atentar contra la libertad de los pueblos. Y de esa terrible amenaza no nos libró un ideal generoso, altruista y humanitario, una gran filosofía política, un elevado concepto jurídico respecto del derecho de los pueblos a labrarse sus propios destinos. Nos libraron de esa amenaza... grandes intereses materiales en juego.

Los extensos territorios recién separados de la dominación española, eran un nuevo continente lleno de promesas, un campo inmenso de expansión comercial, de influencia política, de penetración económica y de explotación de riquezas naturales ingentes. Pensar en que hubieran podido volver tan vastos, ricos y prometedores dominios a la corona de España, ante la tranquila y descuidada indiferencia de una raza nacida para las grandes empresas marítimas y para la conquista comercial y económica del mundo, era por lo menos una candorosa ingenuidad. Ya que los latinoamericanos, tras el caballo de guerra de sus libertadores, habían realizado la magna y legendaria proeza de romper para siempre el yugo de la Metrópoli, aquella raza nórdica, calculadora y positivista, no podía menos de aprovechar en su propio beneficio el titánico esfuerzo de los pueblos emancipados. Para ellos era necesario descartar en absoluto toda posibilidad de reconquista española, pues tras esa reconquista volvería España a implantar sus viejos métodos de explotación de aquellas colonias, cerrándolas por completo al comercio y a la penetración económica de otros países. Y tanto Inglaterra como los Estados Unidos necesitaban de este vasto continente para la expansión de su comercio y para procurarles inversión lucrativa a sus ingentes capitales, fuera de que los Estados Unidos consideraban amenazada su seguridad con la instalación de una potencia europea en América. De allí la oposición de ambos países a las posibles aventuras de la Santa Alianza. De allí la Doctrina Canning y la Doctrina Monroe.

Pero Inglaterra y los Estados Unidos se celeban mutuamente. Por eso no llegaron a la declaración conjunta propuesto por Canning. Para Inglaterra había el peligro, que hechos posteriores demostraban no ser ilusorio, de que los Estados Unidos, por su posición preponderante en el continente, se anexasen territorios de las antiguas colonias españolas, con perjuicio para el comercio y la expansión económica de Inglaterra y con el resultado necesario de aumentar peligrosamente el poderío de la Gran República del Norte. Y para ésta, la influencia de Inglaterra sería decisiva sobre aquellos países en el caso de que fuera ella sola la que defendiera su independencia contra las maquinaciones de la Santa Alianza. Por eso los dos gobiernos, casi simultáneamente—Inglaterra en octubre de 1823 y los Estados Unidos en diciembre del mismo año—, sin comprometerse en ningún acuerdo sinalagmático, hicieron, cada uno por su parte, lo que juzgaron necesario para contrarrestar los propósitos de la Santa Alianza: Inglaterra, con el acuerdo o memorándum Canning-Polignac, que le ataba las manos a Francia; los Estados Unidos, con la proclamación de la Doctrina Monroe. Para el mundo internacional, Canning y Monroe no son padre e hijo; son dos hermanos gemelos, y como tales han llevado a cabo en perfecto acuerdo, durante un siglo, estupendas aventuras en la América hispana...

El capítulo IX del libro de Nerval, en que pone en contraposición la que pudiera llamarse la Doctrina Bolívar con la Doctrina Monroe, es obra maestra de lógica, de clara comprensión y de profunda ironía. Allí aparecen historiados, sin que falte nada esencial, los antecedentes del congreso de Panamá, aquella célebre asamblea de estadistas de este continente, convocada por el Libertador para darle forma a su magna y hasta entonces romántica visión de "una América de pie ante el mundo para proteger su propia existencia, independiente de todo poder extraño y preparada para consolidar sus propias instituciones". "Los Estados de América —decía don Pedro Gual interpretando el pensamiento de Bolívar—deben aliarse y confederarse perpetuamente, en paz y en guerra, para consolidar su libertad e independencia, garantizándose recíprocamente la integridad de sus respectivos territorios". "Unión perpetua, asociación y confederación de todos los países del continente, contra España o contra cualquiera otra potencia", dijo Bolívar al formular su pensamiento sobre el programa y orden del día del congreso de Panamá. En síntesis, una Sociedad de Naciones americana, pero una Sociedad de Naciones **con dientes**, de carácter práctico y de forma obligatoria.

Y aquí vino, como tenía que venir, el conflicto definitivo entre las dos mentalidades y aspiraciones, entre el idea-

(Pasa a la página siguiente)

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anís Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

La cruz de los caminos

= Envío del Autor, texto e ilustración =

Para *Doña María de Tinoco*



Parece que creciera la cruz en los caminos
que tiende los dos brazos con gesto de esqueleto;
allí volvió a ser polvo la flor de los destinos.
La cruz que hizo de un viaje eterno su secreto.

La cruz de los caminos a veces tiene un nombre
lo mismo que en los montes de las historias santas,
señalan que hasta entonces pudo el andar de un hombre
marcar sobre la tierra las huellas de sus plantas.

Y piden con los brazos, más sol al pie de lodo
para aquellos que mueren aun de peregrinos.
¡Qué amplitud de gesto! ¡Querer cogerlo todo!
¡Qué grito de descanso! La cruz de los caminos.

Max Jiménez

Alajuela, 5 Febrero, 35.

La autopsia de la Doctrina...

(*Viene de la página anterior*)

lismo de Bolívar y el positivismo de Monroe. Invitados los Estados Unidos a tomar parte en el congreso de Panamá, buscaron por todos los medios posibles la manera de eludir la invitación, y, al fin, no pudiendo rehusarla abiertamente, la aceptaron en forma poco explícita y comprometedora, que equivalía a poner en práctica desde entonces su conocido sistema de mandar, en vez de delegados, "observadores", a las conferencias internacionales. Y por añadidura, de los enviados que eligieron, uno murió antes de reunirse el congreso y el otro no alcanzó a llegar a tiempo. Ni había objeto en que concurrieran, dada la clase de instrucciones que recibieron. "Los delegados que se manden—dijo la cámara de representantes de aquel país —concurrirán a dicho congreso únicamente con carácter diplomático, y no se les autorizará para discutir, considerar o consultar ninguna proposición de alianza, ofensiva o defensiva, entre este país y cualquiera de los gobiernos suramericanos, ni ninguna declaración, pacto o estipulación que ligue a los Estados Unidos, en forma ni en extensión alguna, a resistir la intervención extranjera". ¿Para qué más?...

Esta actitud de los Estados Unidos influyó sin duda en la frialdad con que acogieron la iniciativa del Libertador otros países latinoamericanos, de los cuales sólo asistieron al congreso, Colombia, Centro América, el Perú y Méjico. El famoso "Tratado de Unión, Asociación y perpetua confederación", suscrito el 15 de julio de 1826, por los plenipotenciarios de tales países, no obtuvo siquiera la ratificación de los congresos respectivos. De esa manera los planes del Libertador se hundieron en el vacío. La indiferencia de los Estados Unidos, rivalidades regionales, instabilidad política, falta de una dirección única, ambiciones de mediocres caudillos, delirios de grandeza, revoluciones intestinas, y, sobre todo, falta de conexiones geográficas entre los distintos países y de fuertes intereses económicos comunes, dieron al traste con aquella idea gigantesca.

Hubieran los Estados Unidos, como dice Nerval, "sacrificado sus propios realistas intereses al idealismo de los plenipotenciarios de Panamá", y la historia del continente americano durante un siglo se habría tejido en forma muy distinta. Como se habría desarrollado de manera muy diferente la Sociedad de las Naciones, si la gran república del Norte hubiera puesto el peso de su influencia y de su poderío al servicio de la humanitaria y generosa empresa del presidente Wilson. Por estos caminos, la grande idea de panamericanismo concebida por el Libertador vino a convertirse en lo que ha sido hasta hoy: coqueteo diplomático, literatura insustancial, recomendaciones que nunca se cumplen, y... guerra en las fronteras.

La Doctrina Monroe, expresión suprema de la pujanza y de la fuerza de un gran pueblo, puesta al servicio de sus intereses, ha dejado de ser una realidad en el mundo internacional, pertenece a la historia, yace en el sepulcro donde la libertad y la democracia enterraron el cadáver pestilente de la Santa Alianza. Con esa Doctrina o sin ella, los Estados Unidos combatirán todo intento de expansión europea en América cuando les convenga, y dejarán que se lleve a cabo cuando no afecte sus intereses o su seguridad...

Lo que no ha muerto, lo que apenas empieza a tener vida en el mundo de las relaciones entre los países, es la Doctrina Bolívar. La última gran guerra, con las desilusiones de la victoria y el martirio de la derrota, ha dado origen a una nueva mentalidad, que no es en síntesis otra cosa que el sueño romántico del Libertador. La Sociedad de las Naciones, los innúmeros tratados de arbitramento y conciliación, la Corte de Justicia Internacional, el Pacto Kellogg-Briand, los constantes esfuerzos para el desarme, los pactos de no agresión, son otras tantas iniciativas, poco eficaces hasta ahora, pero de un gran poder doctrinario e ideológico que tienden a evitar la guerra y a hacer de los países del orbe una verdadera asociación y confederación perpetua, análoga a la que soñó el Libertador para los pueblos del nuevo continente.

Ese ideal, en día más o menos remoto, acabará por imponerse. No lo impondrán las oligarquías, ni los gabinetes de gobierno, ni las conferencias pacifistas. Lo impondrán los pueblos; los pueblos que cada día se preguntan: ¿qué objeto puede haber en que los hombres se maten unos a otros?; los pueblos que no creen ya en las argucias de los legistas, ni en la ignorancia sistemática de los diplomáticos, ni en la sinceridad de los políticos agresivos; los pueblos que no se dejan más llevar a la matanza por los tácticos de club y los estrategas de corrillo; los pueblos, en fin, que a la oratoria guerrera, ampulosa, interesada y falsa, le han puesto el antiguo epitafio de los griegos: "Aquí yace el ruido del viento, que pasó derramando perfumes, calor y simientes en el vacío".

La Unión, diciembre 22 de 1934.

Sobre Germán Pardo García

= *Envío del autor.*—Cali. Colombia =

A Gilberto Garrido

Gran poeta y gran amgio:

Aquí, al calor de los clásicos, ahora amados por mí con singular fervor, he leído el libro de Germán Pardo García que tú me elogiaste con tanta sinceridad como devoción por el poeta. Lo he leído pausadamente y vengo a decirte, en estas letras, la emoción estética que me dejó ese volumen de "Los Júbilos Ilesos", tan descarnado de todo alarde literario, tan hondo en su escueto lirismo y tan admirable en su realización artística.

Para leer ese libro yo recomiendo la meditación mística. Es preciso recogerse en el silencio monacal de la noche, elevar los ojos al cielo y contemplar la maravilla estelar de "innumerables luces adornada". He citado a Fray Luis de León y sé que este libro de Pardo García, por su alta pureza lírica, recuerda al ave de Salamanca, que dijo en lengua castellana, la más pura oración a la noche. Por los caminos de la noche cursan los elegidos y tú, Gilberto, conoces los senderos enjoyados en diamante. Pardo García ama, igualmente, la soledad de la noche y "el pan sin levadura que se mece al alcance de su mano".

En la evolución de Pardo García puede señalarse el tránsito a un misticismo de alta procedencia. Se acerca a Nervo por la sencillez desconcertante de su verso. Mas su sencillez ha sido lograda en la depuración artística, en el esfuerzo trabajoso, así como el oro se enalba en los ardidos ósculos de la copela. Sus poemas se bañan en la luz del espíritu y rebasan, con frecuencia, el límite de los conceptos entrando en los serenos dominios de la eternidad.

¿Qué entendemos nosotros por misticismo? Conviene definir este sentimiento que tanto en la obra de Pardo García como en la tuya encadena la emoción y la transforma en deleite extrahumano. Místico,entiendo yo, es el que se ha desasido de las cosas terrenas en el vuelo hacia una región de inefable claridad. Diferencio el misticismo del ascetismo. El asceta alcanza su ideal en la penitencia, y el místico en la oración. Y atiende que no he determinado un sentimiento católico, ni siquiera cristiano, para que la mística no halle en la pobre ignorancia de quienes no la comprenden la frase despectiva y grosera, índice cierto de una extremada pobreza intelectual.

Presiente el místico que en lo infinito debe haber algo que corresponde a la grandeza del espíritu que mora en nosotros y ese algo será la eternidad. Vivir la vida en un orbe armonioso, sin desfallecimiento ni trabas que sometan el ímpetu del corazón, es ciertamente un anhelo que todos hemos experimentado en las horas del recogimiento doloroso. ¡Cómo no entender, pues, esta desazón lírica de los místicos! La poesía mística en lengua española, la obra mística en general de España, es la cumbre nevada de su literatura y es de las mayores creaciones del hombre en letras universales. Allí tienes a los dos Luises, a San Juan de la Cruz, a Santa Teresa.

Germán Pardo García
(1928)

Convenido que ser poeta místico es haber conquistado la altura del canto. En ese empinado monte de piedra y luz, está nuestro Germán Pardo García. Está libre ya del verbalismo que constituye la sirte de toda creación estética. De los nuevos poetas de América, incluyo a mi país, muy poco quedará cuando el tiempo someta a sus crisoles implacables la producción actual. ¿Dónde está el gran poeta nuevo? Mucho ingenio, mucha imagen audaz, mucha palabra y cuán escasa poesía. El lirismo profundo de Barba Jacob no ha hallado aún otra voz que lo acompañe. Cierto que Rafael Maya, León de Greiff, Vásquez, Umaña Bernal, Mario Carvajal, como tú y Pardo García, no pertenecen a esta generación porque integran el espíritu poético de todos los tiempos.

Este libro de Pardo García denuncia también un cuidadoso estudio del idioma. Lo he dicho y lo repito, no se puede alcanzar la madurez artística sin el conocimiento del lenguaje, como no es posible llegar a las cimas del arte melódico si no domina la escritura musical. El poeta no puede improvisar hoy obra alguna si aspira a darle consistencia duradera, y esto lo comprende Pardo García y lo revela en su verso tan sobrio como tan profundo en su contenido epiritual.

Te decía que la simplicidad de "Los Júbilos Ilesos" pasma y edifica. Simplicidad y pureza son las grandes virtudes que informan su poesía y le prestan un temblor de fruta en madurez. El poeta antepone su vida interior a todo goce de los sentidos y nos entrega el mensaje de su espíritu en un verso que vibra con soterradas músicas, ritmo inaudible escuchado por el oído en el alba del éxtasis.

Este breviario de mística perfecta me ha ganado con su sobriedad clásica. A mí la poesía no me interesa como cabriola o demostración de talento imaginativo, sino como cántico del ánima. Por eso no gusto de los poetas que nos aturden los oídos con pífanos de acero, sino de la poesía que fluye en la hebra de plata de una melodía profunda. La poesía tiene que tener el "santo calor" que reclamaba Keats ,algo de intimidad y mucho de soledad lírica. Pues todas estas condiciones, imanentes a los grandes poetas, se encuentran abrillantadas en Pardo García. Bendigamos este libro que se incorpora a la poesía mística de la lengua y exige para repetir los versos que en él discurren la unción con que decimos la plegaria.

Te abraza tu compañero y fiel amigo,

Antonio Llanos

Juárez en la...

(Viene de la página 104)

gica y expresiva, que hace bien al extenso cuerpo del relato. Repásense tales episodios, hágase esfuerzo de memoria sobre movimientos y gestos anteriores del héroe, y se establecerá la razón que el biógrafo tuvo al disponerlos.

Ciertamente pudo haber fallado Pérez Martínez en dar con la exacta equivalencia, en nuestra sensibilidad de criollos, de algunas situaciones interiores de un indígena neto como Juárez. Pero a cuantos le reprochen esta circunstancia como un atentado, les respondería que no existe otro camino que el de la hipótesis reflexiva y que en este caso nuestro autor anduvo cauto, hasta donde uno, que tampoco puede conocer el fondo último del alma indígena, se halle facultado para diagnosticar. "No hay peor lucha que la que no se hace", dicen por allí. Y quien pretenda enmendar con tono dogmático las interpretaciones del biógrafo, tendrá que acudir a los mismos recursos manejados por éste, o reencarnar en alma y sangre zapotecas.

Pérez Martínez fija, con acierto de síntesis, esta definición de Juárez: "Fué un indio zapoteca, que vivió en castellano". Vivió así, porque era del mundo castellano de donde llegaban hasta él las conspiraciones, la oposición, el llamado a la lucha constante. Su papel de estdista, de encauzador de las liber-

tades, de buen ciudadano—salvo, acaso, sus antilegales actuaciones de los últimos tiempos—dan la medida necesaria para conferirle el título de gran gobernante. Y es oportuno preguntarse si ese hombre, salido de los núcleos raciales que están sojuzgados en el país, en caso de haber ejercido el poder en épocas menos turbulentas no habría tenido vocación y oportunidad para imponer nuevas direcciones a la cuestión indígena de México, mediante recursos de legislación, actividad y sobre todo de amor.

Acerca de este punto, no debe olvidarse la pena de cárcel que sufrió en Oaxaca, en cuanto hubo abierto su bufete, acusado de sublevar a los indios contra las autoridades. Había tomado por su cuenta la defensa de los vecinos del pueblo de Loricha, exaccionados por el párroco. Más tarde, apenas asume el interinato del Gobierno local, pronuncia hondamente conmovido, ante la comitiva de indios de la sierra de Ixtlán que bajan a la ciudad a saludarle, estas palabras dirigidas indudablemente a su raza:

—Soy hijo del pueblo, y no lo olvidaré: sostendré sus derechos, cuidaré que se ilustre, se engrandezca, se críe un porvenir y abandone la carrera del desorden, de los vicios, de la miseria.

Por último, cuando la orden de destierro dictada en su contra por Santa Anna, hacia 1853, va a ser ejecutada por los esbirros, éstos lo encuentran en Teococuilco, pueblo de indios, levantando información testimonial de un despojo. Prorrumpe la masa en airados clamores. Las bocas de los fusiles restauran el silencio. Pero la patética despedida de sus hermanos de sangre, y los mudos y enternecidos homenajes que a su paso por los puntos de la sierra le son tributados, no deben haberse disuelto fácilmente en la memoria de Juárez.

No es difícil que en el designio de este hombre—para nosotros impasible—haya bullido, paralelo al deseo de implantar la legalidad y el orden en el país (ya opinamos que su actuación última es un accidente que importa poco a lo esencial de su tránsito), un ardoroso deseo de iniciar la redención de sus gentes. Y en los apremios de solucionar los conflictos del mundo criollo, que absorvieron su atención y energía, dejando trunco su designio, ¿no podrá hallarse la clave de una sostenida tragedia interior, sabia y naturalmente disimulada?

El libro de Pérez Martínez, obra de fino escritor y biógrafo sagaz, entusiasta y ponderado a un mismo tiempo, da margen cumplido a estas y otras consideraciones sobre aquella gran figura del México en formación. Los rayos de dispersos reflectores convergen ahora en una sola y fuerte luz, a merced del generoso esfuerzo del autor, sobre el rostro y el alma de Juárez el impasible.

LA Agencia General de Publicidad de Eugenio Díaz Barneond, en San Salvador, puede darle una suscrición al *Repertorio*.

Helenicemos el futbol

= *Envío del autor.*—Costa Rica y febrero del 35 =

A *Rómulo Tovar:* grande por la gallardía de su pensamiento y los impulsos aficionados de su espíritu.

Quizás es de momento hacer un comentario alrededor de los juegos futbolísticos, ahora que nuestra juventud, con bullente entusiasmo, consagra sus ocios a un ejercicio saludable para el cuerpo, y sobre todo, para la mente, que necesita de cuando en cuando de distracciones al aire libre, que lleven soplos primaverales y alegrías expansivas, al corazón. El futbol debe conducir a finalidades útiles, capaces de embellecer los músculos imprimiéndoles agilidad, destreza, y capaces de magnificar generosas preocupaciones de la vida. Esta gimnasia, que parece ser una habilidad eminentemente geométrica, rectas y curvas en combinaciones y pases, tiene la virtud, en mi sentir, de brindar frescura a la inteligencia y de rendir potencialidad al espíritu. De ahí que yo proclame, como algo fundamental, la **aristocracia** en el juego. Es decir, cultura, elegancia, bondad indisipable, ausencia de egoísmo, presencia de germinación de afectos; avance hacia el bien, en cifra y resumen.

Los caballeros medioevales luchaban por un ideal. En el torneo, sus arrestos correspondían a un ennoblecimiento de la voluntad. La cortesía de tales contendientes, sin parangón en la historia galante de los varones animosos y denodados, le daba tal realce a su actitud, que la imaginación les ve tal vez vencidos en la justa; pero hermoseados por sus bizarrías historiadas en escudos que hablan de la prosapia del atildado paladín y de hazañas merecedoras del laurel consagratorio o de la fama que es resonante credencial.

Hipólito Taine celbra de todas veras el buen juicio de los jóvenes del tiempo de Sócrates, que después de oír, al abrigo de plátanos y agnocastos, sabias reflexiones del Maestro, hacían en la Academia ejercicios, ya en la carrera, ya en el lanzamiento del disco, ya en concursos de fuerza; y el ensayista elogia la escuela socrática que persigue la belleza del cuerpo a par de la del alma para perfeccionar facultades que piden solamente estímulo para su virtual desenvolvimiento. Es importante, al presente, helenizar en lo posible el futbol, estampándole orentaciones amables y haciéndole digno de fecundas disciplinas. De él es menester restar tosquedad; ambición impura; simplismo, en suma. El gimnasta, que al cabo es un artista, debe imitar al artífice que en sus tentativas principia burilando con afán una lámpara o cincelando una copa, y al correr de los años, a fuerza de estudio, de observación, de experiencia, alcanza a realizar obra de filigrana, trabajo sutil y primoroso.

Es deporte vano el que no estriba en un progreso espiritual o no busca constructores ascendimientos. El futbol, superior a las carreras hípicas; de más ingenio que la equitación; cien veces más noble que el pugilato, conquista a menudo grupos de voluntades, para beneficio del linaje humano. Y así como se pide galanura, originalidad, donaire y exquisitez en certámenes de arte, asimismo se exige excelencia en el deporte para que los resabios de una resolución grotesca o de un gesto plebeyo o de una pedestre arrogancia, vayan desapareciendo, sobre lo extendido del mundo.

Nuestro siglo quiere jóvenes diestros en la carrera como Hipómenes: fornidos lo mismo que Cleanto: inteligentes cual Alcibíades: y como Telémaco, virtuosos.

La significación que tiene el futbol es de mucha monta. De toda esa energía empleada en un divertimiento más o menos sugestivo, es atinado edificar, morigerando las costumbres y fomentando la gracia, la amistad, la cultura cívica... porque pienso que el verdadero deportista adquiere, a la postre, el sentido de las inquietudes ciudadanas que ejercitan a los pueblos,—armonioso entrenamiento,—para la vida de la libertad.

Carlos Jinesta



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

Zapatillas, Carrieles, Etc.,

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del **SISTEMA "GADI"** de la casa norteamericana **The Gadi Co.**

TELEFONO No. 3736 **VICTOR CORDERO & Cía.** SAN JOSE, C. R.

3 poemas de "Tú y Yo" de Paul Geraldy

= En la traducción de *R. Brenes Mesén.* Edición de «El Convivio». San José, Costa Rica. 1932 =

LA PANTALLA

¿Preguntas tú por qué me quedo mudo?...
Es que llegó la hora
en que los ojos hablan
y la sonrisa adora...
Es ya de noche, y esta noche te amo
honda, infinitamente.
Estréchame en tus brazos, como un ramo
de olientes malva-rosas.
Siento necesidad de tus caricias.
¡Ay! Si supieses cómo se remonta
en mí el orgullo, la ambición, el ansia
y la ternura ;todas esas cosas
del alma... ¡Pero tú no lo sabrás!
Baja un poco más
la luz, amada mía.
Más a nuestro sabor nos sentiremos.
La sombra invita a confidencias gratas,
y se mira mejor dentro del alma
cuando se va la luz de entre las cosas.
En esta noche te amo tanto, tanto
que no puedo hablar de amor.
Ven, y estréchame así, contra las rosas
mullidas de tu pecho.
Hoy quiero ser yo
quien sienta la caricia de un estrecho
abrazo embriagador.
Baja la luz aun.
Así. No hablemos más. ¡Quietos estemos!
Es tan grato sentir sobre mi rostro
el calor insinuante de tus manos.
¡Oh! ¿quién llama a la puerta? ¡Impertinente!
¡Ah! si es una sirviente
que nos trae el café.
Déjalo allí. Ya puedes irte. Cierra
la puerta... Bien. ¿Qué fue
lo que te dije ha poco?...
¿Tomamos el café? ¿Tú lo prefieres?...
Verdad es: tú le quieres
tomar siempre caliente.
¿Deseas que te sirva? Aguarda, en breve...
Hoy está fuerte... ¿Azúcar?... ¿Suficiente?...
¿Permites que lo pruebe?
Aquí está tu taza, amor.
Pero qué oscuro se halla
el cuarto. No se ve ni la más leve
claridad. Alza un poco la pantalla.

ACASO

Y pudimos no habernos encontrado.
Imagina, amor mío,
todo cuanto el destino ha permitido
para que nuestro amor fuese posible.

"Que nacimos el uno para el otro"
me dices tú. Mas piensa
el concurso de causas necesario,
las raras coincidencias,
la multitud de acasos
urgentes para que todo esto sucediera.

Antes de que se uniesen nuestras frentes
¡cuánto tiempo estuvimos separados!
viviendo solos, ni siquiera ausentes.
Y el tiempo es largo y es tan vasto el mundo
y pudimos no habernos encontrado.

¿Pensaste alguna vez, ¡oh mi aventura!
en el peligro que corrió la dicha
de los dos cuando en toda la natura
a pesar de mi orgullo,
volaba, gravitando tras el tuyo,
mi corazón callado?

¿Sabes que pudo ser interceptado
el impreciso vuelo
que hacia una noche nos condujo a entrambos
y que una hora de duelo
pudo alejarnos a ambos
sin habernos amado, y para siempre?

Nunca te he dicho mi impresión primera,
esta cosa inaudita
que cuando tú me fuiste presentada
no supe ver siquiera
que eras bonita.

Más, mucho más me preocupó tu amiga
con su sonora risa.
Nuestras miradas se cruzaron tarde;
y pudimos no habernos entendido,
tú pudiste no haberme comprendido,
yo pude ser cobarde.

¿Qué fuera de nosotros esta noche
si tu madre te hubiese aquella noche
llevado más temprano?
¿Sin el rubor que se cruzó conmigo
cuando estuvo ayudándote mi mano
a poner en tus hombros el abrigo?

Esas fueron, acuérdate, las causas...
Algún impedimento, algún retraso
y toda esta embriaguez y este contento
no existiesen acaso.

Y pudo no nacer nuestro delirio,
pudiste no venir a mi existencia
y no hubiera brotado nunca el lirio
fragante de este amor que es todo esencia.

¡Oh corazón! mi corazón, mi amada,
a mi memoria acaba de venir
aquella enfermedad desventurada
de que estuviste a punto de morir.

FINAL

Vamos, adiós. ¿No se te olvida nada?
Vete, está bien.
Ya no tenemos que decirnos nada.
Puedes partir .. Te dejo.
Espera, sin embargo, algún momento.
Llueve. Deja que cese; hay viento.

Abrígate ante todo,
tú sabes que hace frío.
Debieras ponerte el sobretodo
de invierno. Di ¿te devolví tus cosas?
¿Nada de ti me queda?
¿Tomaste tu retrato?
¿Tus cartas amorosas?

Puesto que vamos a partir, aguarda.
Vuelve a mirar, pero ponte en guardia.
Esfuerzo hagamos para no llorar.
Apenas si se puede imaginar
los amantes que fuimos.

Nuestros seres unimos
con intento de hacerlo de por vida.
Y hoy cada cual recoge su existencia
y vamos a emprender larga partida,
cada uno con su nombre, hacia la ausencia,
a vagar, a empezar nueva jornada

Sin duda usfrimos... algún tiempo.
Después, quizá, nos llegará el olvido,
que sólo él nos restaña y nos perdona
Habrá un tú y habrá un yo.
Nuestra dulce unidad se habrá perdido
y será cada cual otra persona.

¡De suerte que entrarás en mi pasado!
Y cuando nos hallemos por acaso
en una calle, seguiré de paso,
te miraré de lejos, sin cruzar...
Será tu traje para mí ignorado.

Sin vernos más transcurrirán los días
y mis amigos te darán las nuevas
de mí, y yo diré de ti, de ti
que fuiste todo para mí, la estrella
de mi vida, mi fuente de alegrías,
de dulzura y vigor: "¿Qué tal está ella?"

¡Nuestro gran corazón era esto apenas!
¡Cuán locos fuimos los primeros días!
¿Te acuerdas el encato, las serenas
horas de la apoteosis del amor,
todas aquellas frescas energías?
¿Aquello era el amor? ¡Ay! ¡Nuestro amor!

Así nosotros mismos
diciéndonos: "yo te amo"
ese valor le dábamos
a la palabra amor.
Qué humillación será para nosotros.
¡Ay! ¡como los demás, como los otros!
¡Cómo llueve, Dios mío!

Con este tiempo no podrás partir.
¡Quédate, pues, sí, vamos!
Quédate. Trataremos de vivir
mejor... Quién sabe si tal vez logramos
que nuestros corazones
vuelvan a hallar su encanto
recordando las viejas emociones.

Procuraremos lo mejor. Seremos
buenos. Por lo demás, a nuestra edad
se arraigan las costumbres que tenemos.
Contra eso no hay remedio.
Ven a sentarte aquí.
Vuelve, a mi lado, a revivir tu tedio.
Yo, en cambio, junto a ti,
recobraré también mi soledad.

Libros y Autores

(Registro bibliográfico titular de los libros y folletos que se reciban de los autores y de las Casas editoras).

En un tomo.—***Rimas Serenas***, ha reunido Rogelio Sotela una selección de sus poesías, de 1914 a 1934; veinte años de labor poética.

Cuidada y elegante la edición de la Im. Española de Soley & Valverde. San José de Costa Rica.

Secciones que componen la obra: ***Rimas Serenas, El Libro de la Hermana, Homenajes, Poesía épica, De "La Senda de Damasco"***.

Precio de este libro, en la Librería Española: ₡ 5.00. Para el exterior $ 1.00 U. S. A.

Por ESPASA-CALPE, S. A. Madrid:

Magdalena Lauret: ***Una mujer en la U. R. S. S.*** Traducción castellana de José A Reguera. Madrid, 1934.

Cortesía de los autores:

Manuel de la Peña: ***Ciudadanos armados***, (Novela) Marcel Etaix, Editeur. Paris-Le Havre.

Con el autor: 27 rue Paúl Doumer. Le Havre. France.

Manuel Moreno Jimeno: ***Así bajaron los perros***. (Poesías) Lima 1934.

Armand Godoy: ***Les Letanies de la Vierge***. Orné d'une lithographie de Mariette Lydis. Editions Bernard Grasett. Paris.

Con el autor: 39, Boulevard de Montmorency. XVIe. Paris.

Vicente Gómez Kemp: ***Acento negro***. (Poemas). La Habana 1934.

Francisco Castillo Nájera: ***El Gavilán*** (Corrido Grande, Ilustraciones de B. Coria. París. 1934.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

"Toi et Moi", de Paul Geraldy

La traducción de R. BRENES MESEN

= *Envío del autor*.—Santiago de Chile. Diciembre del 34 =

Cuando en 1920,el célebre poeta francés Paul Geraldy, publicó su libro de poesías "Toi et Moi", obtuvo un completo éxito en todos los ambientes, fueran éstos literarios o burgueses, ricos o pobres, como quiera que retrataba el vivir de una pareja de enamorados en sus alternativas sentimentales; tímido y lírico en un comienzo, avasallador y torturante en su apogeo, y desencantado y escéptico al final.

El autor, en versos sencillos, presentaba la historia real de la casi totalidad de los enamorados de todos los tiempos.

El amor, como todo lo humano, tiene su trayectoria trazada con anterioridad, sin que pueda librarse del sino de la evolución: nacimiento, desarrollo y muerte.

Son ciegos los enamorados cuando, haciendo abstracción de nuestra mísera condición humana, creen que la ilusión del amor sentimental es eterna. Ni los poetas, ni el teatro, ni el cinematógrafo, nos presentan, por lo general, la vida sentimental real, sino una convencional.

Además de su valor literario, "Toi et Moi" tiene el mérito indiscutible de hablar a los corazones con su propia y natural expresión. De ahí su éxito y que se tradujera profusamente.

Otro poeta de verdad, R. Brenes Mesén, dió, en 1922, en San José de Costa Rica, una versión en castellano de la obra de Geraldy. Y como si las letras debieran quedar ampliamente satisfechas, se encargó de la edición Joaquín García Monge, quien la dió espléndida: magnífico papel, tipo claro y elegante, y presentación delicada

En el prólogo de la traducción Brenes Mesén comienza advirtiendo al lector que se trata "de un libro de buen amor, que no es perpetuo idilio al són de flautas virgilianas, ni romeica tragedia, sino un fragmento de dos vidas humanas, tales como respiran en todos los círculos sociales, que, al ser leído, hará pensar, seguramente, a muchos que se les ha robado su secreto". Y agrega, "nada se les ha robado. Es que el amor florece en las almas, impregnándolas de una fragancia semejante en todas ellas: es que la recóndita sabiduría del amor insinúa unas mismas caricias y dicta unas mismas palabras en el espiritual "Banquete" de Platón o en los sensuales versos del "Ars Amandi", de Ovidio".



Paul Geraldy
Dibujo de *M. Petrone*

La obra de Brenes Mesén es tanto o más meritoria que el original; cumpliéndose ampliamente una finalidad que no siempre se consigue. A semejante autor ha correspondido un no menos ponderado traductor.

La traducción es relativamente libre; pero siempre dentro de los moldes y conceptos del original; con un lenguaje también sencillo, armonioso, delicado y tierno.

A juicio del que suscribe, Brenes Mesén se supera en tres composiciones: "La pantalla", "Acaso" y "Final". Para que el lector aprecie, por sí mismo, se insertan en otras columnas.

En honor del traductor, justo es manifestar que las características que fácilmente se advierten, corresponden, también, a las otras traducciones del libro: la mismía facilidad en la versificación, la misma profundidad de los pensamientos, el mismo delicado sentimiento, y el mismo elegante decir.

Sólo el aislamiento intelectual en que vivimos en América, ha permitido que la obra de Brenes Mesén, que comentamos, sea escasamente conocida entre nosotros, y que, para darla a conocer y celebrarla, se haya proporcionado la presente información.

Antes de terminar, citaré otra traducción del "Toi et Moi", de la poetisa uruguaya Tula L. de Sabat Ercasty, editada en Montevideo en el año 1931, de la que nos llegaron algunos ejemplares por intermedio de las Librerías Nascimento y Salvat. Reconociendo el valor innegable de esta obra, y sin pretender restarle mérito alguno, y manifestando solamente una personal apreciación, estimo que esa traducción es más literal, y no de tanto vuelo, como la de Brenes Mesén.

Humberto Donoso

Lector amigo: Hágase de un ejemplar de *Tú y Yo*. Con el Adr. del *Rep. Am.* lo consigue a ₡ 1.00. Exterior: $ 0.50 U. S. A.

Sandino héroe y...

(*Viene de la página 98*)

los monumentos nacionales ensalzan grandes héroes vencedores que al mismo tiempo que la gloria conquistan puestos desde los cuales lograron servir a su país. Entre nosotros la lápida mortuoria encubre por lo común el fracaso. Las cabezas de los héroes de la Independencia mexicana fueron bajadas del cadalso; San Martín murió en el destierro; Bolívar abandonado. Casi todas nuestras efemérides lamentan pérdidas. Toda una raza gobernada en general, por lo que no debió ser. Aunque llena de glorias que no supimos aprovechar. Nada de extraño tiene que vistos sus recursos y las ventajas de su posición, sean éstos pueblos iberoamericanos los que menos han logrado en siglo y medio de historia. Ni uno solo puede decir hoy que es más de lo que fué. Búsquese la causa de esta impotencia en el hecho que nos denuncia otra vez la muerte de Sandino. La tradición de martirio que reservamos a nuestros mejores. Y reflexiónese en que el martirio suele afirmar una doctrina y santificar a un mártir, pero acarrea desgracia sobre el pueblo que lo consuma. Y no llegan nunca a ser grandes los pueblos que traicionan y sacrifican a sus héroes, sino los pueblos que los encumbran. Y pronto veremos si otra vez, en el caso de Sandino, las averiguaciones se reducen a protestas y telegramas, pero siguen impunes y reconocidos de toda la población, los jefes y soldados que en pleno día, y con saña **callista**, han ejecutado a media docena de héroes, como ganado que se lleva al matadero. Pobre Nicaragua trágica, el más intenso país de América, por la sangre azteca de tus venas y por el castellanismo de tu León y tu nueva Segovia. Tremendo suelo que ha dado al Continente, la deshonra de un Chamorro y la altivez de un Sandino, la confusión de su guardia pretoriana de hoy y la claridad de la Oda a Roosevelt de Darío. Contrarios son tus signos. Y no eres sólo llaga del Continente, sino también su símbolo.

Imprenta «LA TRIBUNA»